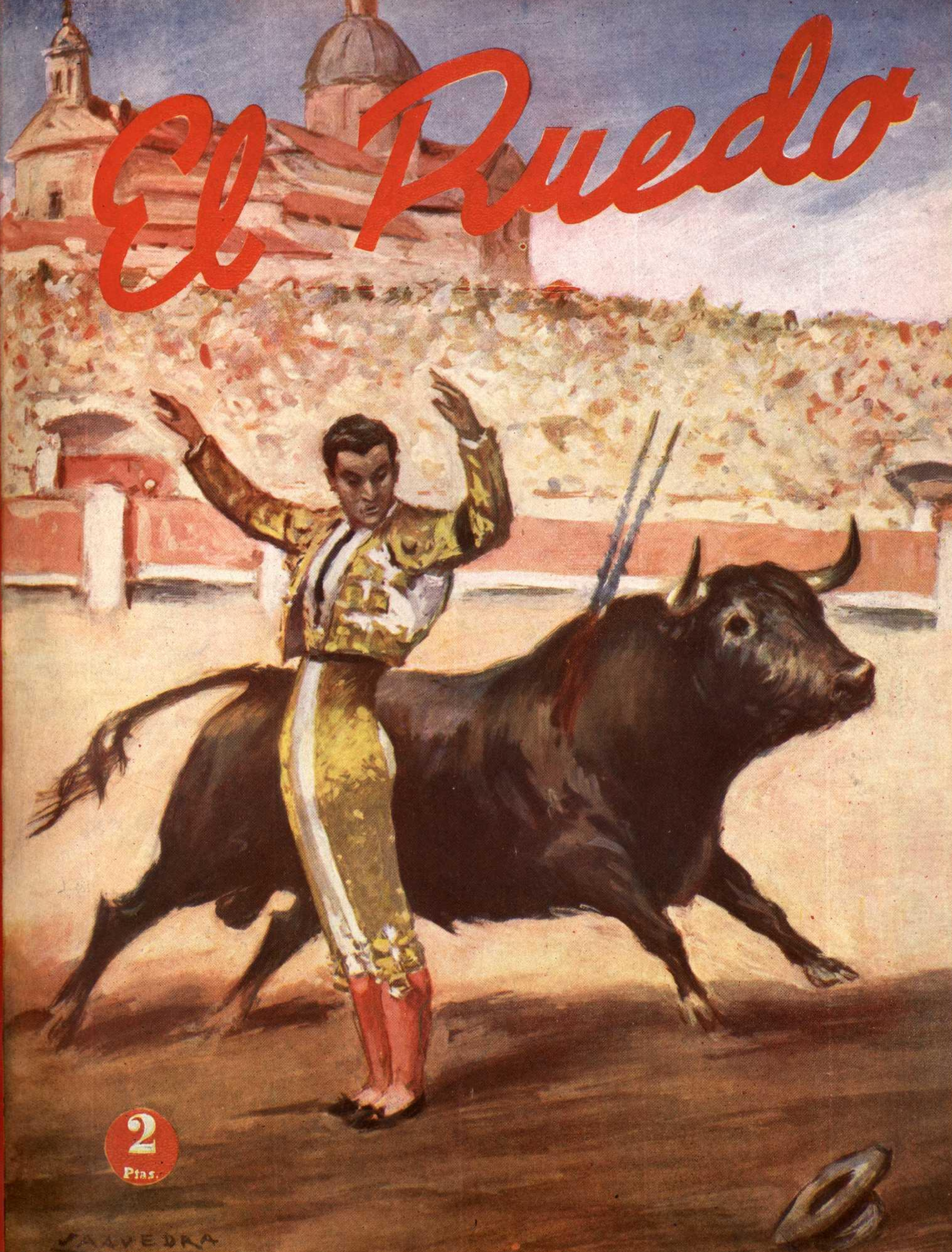
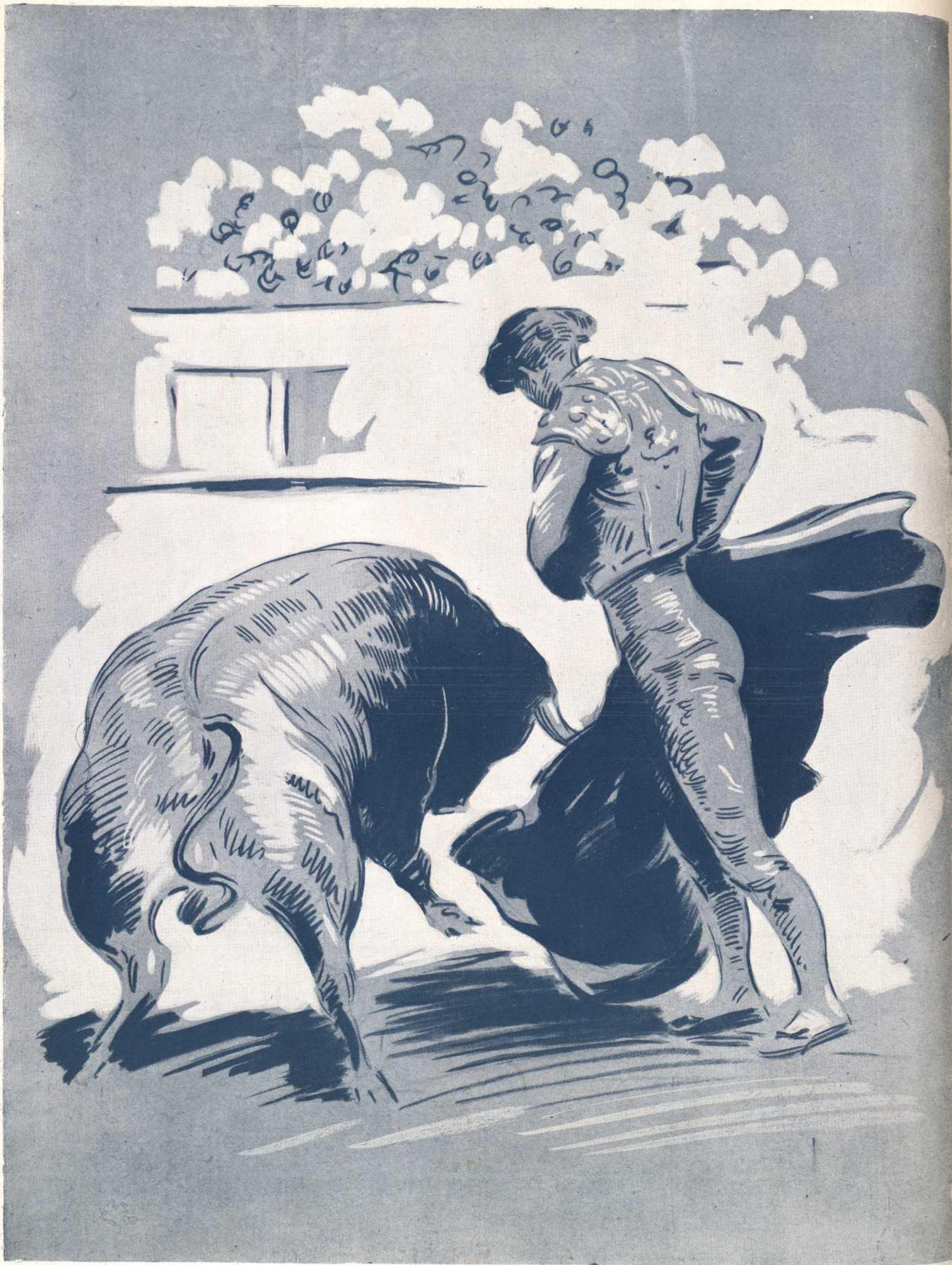


El Ruedo



2
Ptas.

MAVEDRA



Rematando un quite
(Dibujo de Enrique Segura)



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA
FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año III → Madrid, 7 de febrero de 1946 → Núm. 85



Don Alvaro Domecq, el caballero jerezano, a quien hace unos meses le fué impuesta la Cruz de Beneficencia por su destacada labor humanitaria, y que ayer se le rindió un merecido y justo homenaje al que asistió lo más saliente de las letras y arte españoles

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



SOBRE el tapete invernial —afortunadamente en liquidación— ha quedado palpitante y sin resolver un problema taurino de bastante envergadura: el de la disminución de novilladas en la temporada anterior y el temor de que el hecho se repita en la que va a comenzar muy pronto.

No hemos de insistir en el camino que el tema nos inspira, tanto por justicia a los que empiezan tan arriesgada profesión, como por estímulo de primordial interés para la fiesta; pero queremos echar nuestro cuarto a espadas —aunque sea con pluma— en un aspecto abordado por la

Prensa en estos días. Concretamente, en el de que la rejoneadora Conchita Cintión pueda echar pie a tierra en las novilladas en que tome parte.

Se dice que esto puede contribuir a que se celebren muchas, más novilladas, y no lo dudamos, aunque no creemos que la solución sea duradera. Pasado el interés, mejor dicho, la novedad de ver torear pie a tierra a una mujer, todo quedaría igual que estaba, tal y como nos expone un inteligente aficionado. Dice así el señor D. R. M.:

«En los diarios *Marca* y *Pueblo* se da a conocer la noticia relativa a las gestiones en curso, encaminadas a que sea autorizada la actuación pie a tierra, como remate de su actuación, a las señoritas rejoneadoras.

No me detendré a examinar las ventajas e inconvenientes que a la fiesta pudiera acarrear esta autorización; mas, ateniéndome a la razón que se invoca, no veo en ello remedio duradero para los males que actualmente aquejan a la sufrida clase novilleril. Es posible que con dicha innovación, y ante la perspectiva de pingües ingresos en razón a la segura curiosidad que ha de despertar la *novedad*, los empresarios se decidan a dar un mayor número de espectáculos. Pasada la curiosidad, volveríamos a las andadas, ya que estimo que la disminución en número de novilladas no es debido a la ausencia de *novedades*. La cuestión es mucho más compleja.

Puesto el tema sobre el tapete, me parece más conveniente atacar el mal en su raíz, buscando una solución total y permanente, que contentarse con una transitoria mejoría.

La solución lógica y duradera de dicha crisis se encuentra —como la de tantas otras— en la aplicación tajante de determinados preceptos de nuestro *flamante* Reglamento; preceptos que en la actualidad o bien no se aplican, por misteriosas razones que ignoramos, o se aplican con tanta holgura que estimo bordea va las características del abuso. Me refiero, como habrá adivinado usted, a los referentes al ganado: Si se exigiese su cumplimiento sin ningún género de debilidades y en corrida de toros no se corriesen nada más que toros, el novillo, por fuerza, habría de lidiarse en novilladas, con lo cual automáticamente se encontraría remedio para muchísimos males que aquejan a la fiesta; uno de ellos, la disminución del número de novilladas, desplazadas, sobre todo en el transcurso de la última temporada por esos espectáculos con apariencia de *corridos de toros*, y que no lo son más que en un apartir: el precio.»

No encontraríamos otros argumentos mejores que agregar a los que nos facilita nuestro comunicante.

Ayer y hoy

"..... charlas, reuniones de toreros, apoderados, ganaderos....., todo se acaba en cuanto salga el TORO....."

Por ANTONIO CASERO



ANTONIO CASERO



TIEMPOS VIEJOS

Del TOREO a CABALLO

Por JOSE CARLOS DE LUNA

de caballería, conforme a la práctica observada en Lima".

Hablando de Juanita, dice Ricardo Palma en sus "Tradiciones peruanas", que escuchó comentarlas a un viejo, encerrándolas en este marco:

—Esa china merecía estatua en la Plaza de Acho.

Cosechaba "la Breña" aplausos y monedas, que los concurrentes le arrojaban desde tablado y galerías. Un bolsín de ante, tintineando soles, le arrojó Pezuela.

¡Qué de enamorados

tiene esa muchacha!

¡Y cómo, a porfía,

la palmoteaban!

Malos versos y demasiadas admiraciones; pero ¡qué le vamos a hacer!

¿Se le ahumó a Juanita el sotabanco a fuerza de incienso y de tabaco cartagenés?

Posiblemente: "Puñal en mano se batía como cualquier guapo", y estuvo en la cárcel más de cuatro veces, aunque por su libertad abogaron siempre rotundas influencias, que no la dejaban entre rejas sino el tiempo preciso para su aquietamiento espiritual, o, a lo peor, espirituoso.

—¡Juana, no te metas a hombre!

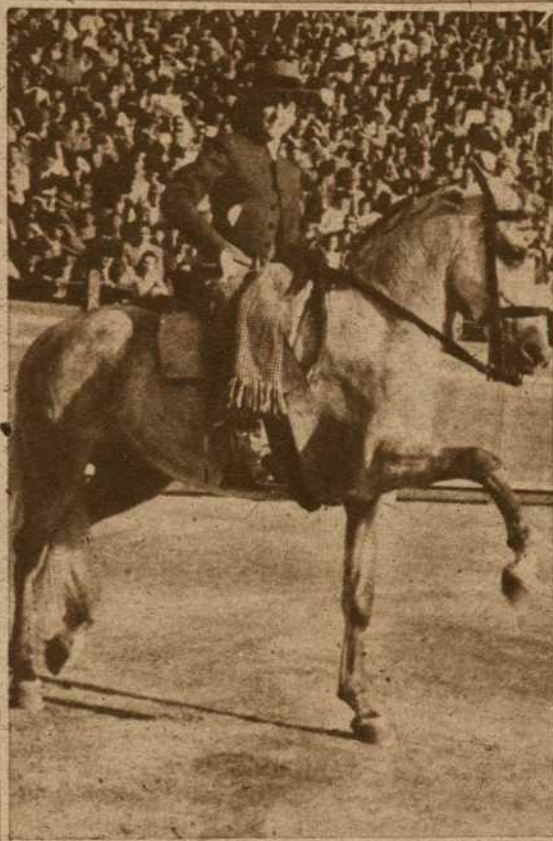
Un toro corniveleto, de la Rinconada de Mala, le quitó los moños, ya que no el tipo, y le despanzuró el caballo.

Su padre, el chalán de Retes, se encontraba en la Plaza; y mientras el público, suspenso, contempla el desastre, el viejo grita:

—¡Toma, china! ¡Métete a hombre!

La china renunció al oficio y no volvió a vérsela en el redondel; pero su afición siguió floreciente entre toros: abrió una carnicería y, hasta pasado el 1840, ocupó mesa en la plaza del Mercado, luego plaza de Bolívar.

Hoy se hubiera hecho ganadera brava: estamos seguros.



¡Qué alivio de empresarios y promotores!

El día que Juana actúa se vuelca la ciudad en la plaza de olorosas maderas, y de un listín del 1820 copiamos estos versillos, que subrayan la popularidad alcanzada por la lidiadora entre tiryos y troyanas:

La Juanita Breña

me dejó encantada.

¡Qué arranque de china!

¡Qué bien capeaba!

¡Y cómo el caballo

lo "lagarteaba"!

¡Y en sentarse, a todos,

cierto que los gana?



JUANA, no te metas a hombre!

Este era el colofón de los sermones que Juan Breña endilgaba un día y otro a su lindo pimpollo, desenfadada mesticilla que de "niña Juanita" pasó a ser conocida por Juana, "la Marimacho".

Naturalmente que se trata de otros tiempos, caldeados por otros soles, y que el remoquete se lo ganó a cuenta de su carácter hombruno y pendenciero.

Corría el primer cuarto del pasado siglo, y estamos en el Perú, a pocas leguas de Lima y menos de los Prados de San Francisco de Paula y de la Concordia, linderos con los cuarterones de la hacienda de Retes, donde el padre de Juanita chalaneaba, contoneando su abigarrada pinta, a lomos de un caballote bayo, zancajoso y camandulero.

Lo que en la "niña Juana" comenzara por gracia y distracción picante acabó con su feminidad, dándole los aires jaques que le acarrearón el mote, y que mal que bien se avinieron a garbear en su cuerpo redondito y dorado a fuego.

En la recepción del virrey Pezuela hizo raya la Juanita Breña jineteando un tordo rodado de ancas señaladas con el hierro de Retes y los pitones de animales fogosos, que no añoraban en los pastos limeños la endiablada enjundia de los andaluces.

Apareció Juanita corveteando su montura, y sola en el ruedo, a quince pasos del toril, aguardó la salida del toraco.

Puro de Cartagena de Indias entre los dientes de lobezno, chaquetilla de raso azul con pasamanes de plata, faldia verde-botella y un rico jipi emmoñado de plumitas, fijo a la pasa con agujeta de oro batido a mano. ¡Una real moza que se le despegaba el puro de los labios de coral!

Capa de seda encarnada para el juego, y ganas de meter en un puño la fama ahomburada de Casimiro Cajapaico, torero, a su modo y manera, que no debió puntear en floñeces cuando tantas cosas inspiró al marqués de Valleumbroso en su libro "Escuela



Vocación, aventura, triunfo y muerte de

IGNACIO SÁNCHEZ MEJÍAS

LA LUCHA POR EL TRIUNFO

HAY una ansiedad de triunfo que, a veces, se frustra porque no halló su cauce adecuado o porque la vida fué adversa a la ambición. Pero en ocasiones va felizmente por el caz propicio y desemboca en los cimeares de la fama con una admirable sencillez aparente. Todos hemos oído decir, en actividades diversas y en afanes que van por rumbos distintos, esta frase de quienes se consideran fuertes para la lucha y el éxito: «Yo me he empuñado en ser un triunfador y he de conseguirlo».

Pero, ¡ay!, que el propósito aguerrido no alcanza así como así gracia de realidad. Y es frecuente su derrota y larga, por consecuencia, la teoría de dolor, de desencanto o de incomodidad de quienes quisieron ser triunfadores y fueron fracasados. Mas acaso ese revés lo apostó la equivocación en el elegir el camino. Y quién sabe si el aplauso que no sonó para el esfuerzo de un pintor o de un comediante hubiese sido triunfo rotundo si lo hubiera buscado en la literatura o en los toros.

Por eso, en el querer ser famoso, no basta la decisión de serlo, sino el acertar con la vocación exacta y el cultivar ésta con ilusión, con perseverancia y con entusiasmo.

Así fué la vocación torera de Ignacio Sánchez Mejías. El soñaba desde chico con la fama y supo ceñir su afán a la especialización para la que se creía más apto. Aunque luego hiciera incursiones en otras actividades, acaso para cerciorarse de que había elegido exactamente la suya. De todas formas, Sánchez Mejías fué a todo con entusiasmo bien recio. Y con el mismo ardor con que se dió, un chiquillo aún, a ejercitarse en las suertes del toreo, se hubiera preparado para aquel otro arte, carrera u oficio en que hubiese atisbado su mayor posibilidad de triunfo. Conviene señalar esta característica entusiasta de Ignacio Sánchez Mejías antes de empezar a decir cómo fué su vida. Porque así, al contarla, ya se sabe que Ignacio Sánchez Mejías estaba en su propio camino y que en él pisaba fuerte y con alegría, con seguridad en el éxito y con la satisfacción del triunfo por el triunfo. La gloria era para él su único halago. El dinero no le deslumbró para dedicarse a los toros. Hubiese sido torero lo mismo, aunque se hubiera tratado de un arte no remunerado pingüemente.

En la decisión de ser torero, Sánchez Mejías había hallado su propio temperamento, su pulso verdadero, su personalidad triunfante. Mas es cierto cuanto Federico M. Alcázar dijo en el libro que dedicó al toreo de Sánchez Mejías.

El diestro sevillano poseía, desde muchacho, una gran voluntad, que es un medio todo lo importante que se quiera, pero ni el único ni el más esencial. Y agregaba el reputado crítico: «El triunfo y la consagración final de un torero, así como su valor artístico, hay que buscarlo en su capacidad, en sus aptitudes, en su intuición, en su temperamento, en todo lo que hay en él de innato y consustan-

cial, y que por lo mismo es susceptible de desarrollo, pero no de creación».

Ya hemos dicho que Sánchez Mejías tuvo la suerte de encontrarse a sí mismo ese temperamento. Y que en él asentó afianzadamente su decisión de dedicarse a los toros. En esta vocación y en este hallazgo de sus propias aptitudes está la respuesta a la primera pregunta de toda biografía de un hombre famoso. Hay que decir lo primero por qué obtuvo esa fama. Y luego, ya es cosa de ponerse a escribir su biografía.

Ignacio Sánchez Mejías viene a la vida, el día 6 de junio de 1891, en un hogar burgués, en el que no hay agobios económicos ni tampoco inquietudes de aventuras. El padre es médico de la Beneficencia Municipal de Sevilla y hombre que vive muy a gusto en la paz uniforme de la capital de provincia, donde todos los días asiste a la misma tertulia, ve a los mismos amigos y pasa por los mismos lugares. La madre, muy casera, vive soltenta al cuidado de su esposo y de sus hijos. No le atraen las reuniones en las casas ajenas y sólo los domingos, más por cumplimiento que por diversión, asiste a ellas. Nadie, en la reposonería de este hogar, piensa en hechos extraordinarios ni en popularidades resonantes. Nadie, hasta que Ignacio Sánchez Mejías tiene en las manos un pequeño capote de torero comprado en una tienda de juguetes.

Pero el chico no puede decir que querría ser torero. Su padre se enfadaría mucho y le pondría uno y otro obstáculo para que no lo fuera. Porque el padre lo que quiere es que sea médico. Y así se lo ha dicho —y muchas veces— desde que Ignacio era un párvulo, desde que iba a la escuela, desde que observó que le gustaba mucho mover con garbo aquel capotillo de juguete...

ESTUDIANTE DEL BACHILLERATO

Porque Ignacio Sánchez Mejías tiene designado por su padre un camino para el porvenir, el muchacho emprende los estudios del Bachillerato. En realidad, todos los chicos que pertenecen, como él, a una familia distinguida y con capacidad económica, hacen estos estudios. Unos serán luego abogados; otros, médicos; otros, ingenieros; otros, farmacéuticos... Y acaso todos ellos se encuentran bien avenidos con ese futuro de que sus padres les hablan cada vez que terminan un curso más del Bachillerato. Pero Ignacio Sánchez Mejías no está conforme con lo que su padre le dice. A él no le gustará ser médico. Ser médico le parece —es su frase— «una cosa excesivamente aburrida».

Pero se abstiene de afirmar esto fuera del área de sus amistades escolares. No quiere disgustar a su padre. Prefiere a ese disgusto su propio aburrimiento en las disciplinas que se le imponen.

Al muchacho los estudios le hastían. Le parecen muy tristes las clases. Y, sentado en los bancos del aula, aguarda que llegue

un organillo bajo el ventanal, para traerse en el escuchar las cancioncillas las zarzuelas populares. Pero lo que le vierte más es sustraerse a la monotonía de las explicaciones del profesor, leyendo unos periódicos de toros que le presta el camarero de un café próximo. Y así, tras caer en la alegría de la mañana, llana las pesadas lecciones de Geometría o de Álgebra, el muchacho devora las gincas de esas revistas, soñando a su lado con las tardes luminosas de la Plaza de Toros, que parecen muy lejanas y muy accesibles avizoradas desde esta clase sol y con encerados. De vez en cuando vanta la vista de las páginas del periódico —hábilmente oculto entre libros y apuntes— y se esfuerza por poner atención a lo que el profesor dice. Pero es inútil, sensiblemente, y a pesar de su buena voluntad, torna a la lectura apasionada. Lo llama ávidamente, frente a la frialdad de las teorías matemáticas.

Muchos días, al salir de clase, le agandan unos chicuelos, pajizos, flacos y vestidos, con los que habla rápidamente hurtándose un poco a la mirada y al mentario de sus compañeros de clase. Aquellos muchachos van a quedar con él para salir por la tarde a las afueras a simular las suertes del toreo. Y a él le sonroja que sus condiscipulos se tieren de esto. Cree que no interpretan exactamente de lo que se trata. Ellos pondrían que se iba con aquellos chicos de sharrapados a jugar al toro en cualquier callejuela de poco tránsito. Y se farían de él, porque se les antojaría de siado grandullón para ponerse a jugar la calle. Y el futuro torero no quiere piensen esto, porque lo de jugar al toro la calle lo ha hecho cuando era más chico pero ahora lo que hace ya es adiestrarse en el manejo de la capa y de la muleta, tes de ponerse de verdad delante de un

A veces irrumpe en mitad de ese ejercicio algún zagalón, que lleva un hatillo en el brazo y una gorrilla muy caída sobre la cabeza, para proponerles:

—¿Venís de capeas?

Ignacio diría de muy buena gana que sí. Pero no se atreve. Y no por él, que con un ansia grande de aventuras, porque teme el disgusto de su casa, la orden paterna de que lo detenga la Guardia civil, la vuelta al hogar empapado de grimas y rusiente de recriminaciones.

Piensa en todo esto el muchacho cuando los pies se le van hacia las capeas. Pero no se le irían hacia cualquier otro que dicra fama y para el que se es más apto. Y no se decide. Al anochecer va a su casa. Su padre le pregunta:

—¿Has estudiado esta tarde?

Ignacio, de mala gana, coge un libro cualquiera, lo abre por una página cualquiera, no sabe cuál es, lo deja así sobre sus rodillas y piensa: Si yo un día me atre-

LA AMISTAD CON JOSELITO

Copoce a José Gómez Ortega. Hace unos pocos años que ha llegado de Gelves, después de la muerte de su padre. José Gómez no es en ese momento más que el hijo chico del señor Fernando.

—Mi padre —cuenta José— tenía en Gelves una casa con un huerto, al que llamábamos «El Algarrobo»; allí hizo una pequeña Plaza de Toros, y en ella han aprendido mis hermanos el oficio.

—En casa —confiesa tristemente Ignacio Sánchez Mejías— no hay una Plaza así. Pero tenemos una huerta, «El Lavadero», en la que podemos torear los becerros de las vacas lecheras. Lo malo es que mi padre no va a dejarnos...

—Se lo propones. A lo mejor, accede. Ignacio plantea hábilmente el asunto a su padre. Le dice que el hermano pequeño del Gallo no tiene la suerte de un sitio para ejercitarse como torero y que le ha pedido permiso para ir a «Huerta del Médico», como llaman en Sevilla a esta finca.

Vacila el doctor. Cree que el amigo de su hijo es aún muy joven para pensar en ser torero. Pero Ignacio le interrumpe enérgico:

—Tiene cuatro años menos que yo y me voy a matar, pero para dedicarse a los toros hay que pensar muy pronto.

El padre se encoge de hombros. Y los dos muchachos van a torear a la «Huerta del Médico». Tárdes después van también los otros chicos que con Ignacio simulaban las suertes del toreo en las afueras de la ciudad. Y en seguida es popular en Sevilla aquella invasión de mozalbetes que tiene «El Lavadero», y que está tomando, sin que su dueño se dé cuenta, un carácter de escuela taurina sin maestro que la rija.

La curiosidad que abre en el comentario lo que ocurre en la «Huerta del Médico» llega por fin a conocimiento de su propietario. Y éste llama en seguida a su hijo para prohibirle que se mezcle con los aficionados a la torería y para exigirle que continúe seriamente sus estudios.

—Porque tú —le dice— has de ser médico, como tu hermano José.

Ignacio hace un gesto de disgusto. Más no se atreve a replicar. Baja humildemente la cabeza. Y hasta se propone estudiar las últimas asignaturas del Bachillerato, para poder matricularse en la Facultad de Medicina.

Pero a Ignacio Sánchez Mejías se le desvanecen siempre sus propósitos estudiosos. No consigue la atención sobre los libros de texto. Le aburren, le parecen innecesarios para andar por la vida, le ponen de mal humor...

dentro de éste, no con mucha perseverancia. Fácilmente se escurre de la asiduidad, la quebranta con cualquier pretexto y, en cuanto puede, se va a pasar el día con los amigos que, como él, quieren ser toreros.

Aceptando la versión de que Ignacio Sánchez Mejías ocultara a su padre sus malos resultados académicos y de que el engaño fuera descubierta y originara una grave desazón familiar, el aire rotundo con que el estudiante frustrado decide abandonar su casa, y Sevilla, y España, tiene una interpretación fácilmente explicativa. Mas aunque los hechos no ocurrieran así, es decir, aun cuando no existiera esa ingenua farsa del Bachillerato concluido, es natural que el padre, al darse cuenta de que Ignacio no tenía afición ninguna a la Medicina y de que

esquivaba las clases y rehúya el estudio, se mostrase irritado y exigiera al hijo una rectificación de conducta.

Rectificación que Ignacio Sánchez Mejías no tiene fuerzas para hacer, porque sabe que ha de quedarse nada más que en propósito cuanto diga y cuanto prometa.

Y el valor que tantas veces le faltara para hacer presente a su padre cuál es su vocación y cuál su destino, se pone en pie, vigoroso y rotundo, ante la admonición paterna, a la que responde, serena pero enérgicamente, que nunca será médico, porque él no quiere ser más que torero.

Y, para serlo, Ignacio Sánchez Mejías emprende su primera y gran aventura.

FERNANDO CASTAN PALOMAR

EN LA FACULTAD DE MEDICINA

Hay dos versiones contradictorias en cuanto a los estudios de Ignacio Sánchez Mejías. Según una de ellas, el muchacho termina el Bachillerato y se matricula en la Facultad de Medicina. Según otra, no logra aprobar las últimas asignaturas en el Instituto, pero ante el temor de que el padre se disguste y le cercene más su libertad para ejercitarse en el arte de la lidia, le oculta sus malas notas y le asegura que es ya bachiller, simulación que no le permite matricularse en la Facultad, pero que no le priva de asistir a las aulas de Medicina en calidad de oyente.

Sea cual fuere la verdad de lo ocurrido, la obtención del título de bachiller o la imposibilidad de conseguirlo, lo que sí resulta cierto es que Ignacio Sánchez Mejías acude a las clases de la Facultad de Medicina de Sevilla. Y de aquella época se conserva una fotografía en la que aparece el futuro matador de toros con sus compañeros de cátedra. En cualquier caso, la asistencia de Sánchez Mejías a las clases de la Facultad no dura más de un curso, y aun

para ello se le exige un examen de ingreso que él no pasa.

La familia de Sánchez Mejías, que vive en Sevilla, no sabe nada de lo que ocurre en la Facultad de Medicina.

Ignacio Sánchez Mejías, que vive en Sevilla, tampoco sabe nada de lo que ocurre en la Facultad de Medicina.

La familia de Sánchez Mejías, que vive en Sevilla, no sabe nada de lo que ocurre en la Facultad de Medicina.

Ignacio Sánchez Mejías, que vive en Sevilla, tampoco sabe nada de lo que ocurre en la Facultad de Medicina.

La familia de Sánchez Mejías, que vive en Sevilla, no sabe nada de lo que ocurre en la Facultad de Medicina.

Ignacio Sánchez Mejías, que vive en Sevilla, tampoco sabe nada de lo que ocurre en la Facultad de Medicina.

La familia de Sánchez Mejías, que vive en Sevilla, no sabe nada de lo que ocurre en la Facultad de Medicina.



El pelo de las reses

Por ANTONIO DIAZ CAÑABATE



LA cuestión de los pelos de los toros trae de cabeza a muchos aficionados. Pertenecen los tales a los que se preocupan más de los detalles accesorios de la fiesta que de los elementos esenciales de la misma. No quiero decir con esto que el pelo de los toros no tenga importancia. Sé que, en las ganaderías, las pintas dicen mucho de la casta de los animales y que en los Veragua fueron famosos los jaboneros, en los Concha y Sierra los berrendos en negro y en los Miura los retintos. Pero esto, esa clase de aficionados no lo consideran. A ellos lo que les enajena es presumir de sus conocimientos en el saber de los nombres con que se designan colores y otras particularidades de los toros. Cuando sale por el toril un animalito con pelo no común, el aficionado a que me refiero se estremece de gozo. Se fija bien en él, y en seguida sentencia:

—Sardo, listón y botinero, astisucio y ojalado.
Después de pronunciadas estas palabras tan bonitas, mira a su alrededor a ver qué efecto han producido. Naturalmente, éste es de asombro y de reverencia por tanta erudición. ¡Ay! ¡Pero siempre surge un contradictor, ignorante uo él, pero pedante!
—Está usted equivocado; no es sardo, ni ojalado... Botinero, ¡psh!, bueno; astisucio, lo podríamos discutir; pero desde luego, ni ojalado ni sardo. Tales blasfemias no las puede oír con paciencia el aficionado erudito en pelos. Y el hombre se descompone un tanto.
—¡Usted qué sabe de esto! ¡Decir que ese toro no es sardo!
—¡Sé más que usted cuarenta veces!
—Pues demuéstremelo. A ver, ¿por qué no es sardo?
—Pues por que no. Y el que quiera saber, que vaya a Salamanca, Risas, que enfurecen más al otro.
—¡Para que usted se entere; sardo es el que tiene mezcla de pelos negros, blancos y rojos! Y si tiene usted ojos en la cara, ahí están los tres colores bien marcados; y, además, es ojalado porque tiene el cerco de los ojos más claro que el resto de la cabeza, y es astisucio porque el color de los cuernos es gris, y es botinero porque tiene las patas negras. ¿Está bien? ¡Ya ve usted, y sin ir a Salamanca!
Y a todo esto, el toro corretea por el ruedo, lo fijan los peones, lo torea a la verónica el espada. Toma varas. Pero nada de ello interesa a los de la discusión sobre si el toro es sardo o no es sardo. Al contrario, las definiciones apabullantes del competente aficionado enardecen al ignorante, que se refugia en la ironía barata.
—Yo creía que botinero era el que llevaba botines, y astisucio al que no le habían limpiado los cuernos con un plumero antes de salir al ruedo.
—¡Vaya usted a paseo!
—¡Oiga! ¡Insultos, no!
—Yo no insulto, afección, —y ya disparado, para demostrar sus profundos conocimientos, vocifera—. Y si tuviera las patas blancas, se llamaría calcetero; y si tuviera la cabeza de distinto color, se llamaría capirote...
—¡Eso es: tonto de capirote!
—¡El tonto y el capirote lo será usted!
La iniciada bronca la apaciguan los que los rodean, y la cosa se queda en palabras. Pero el aficionado competente no se resigna, y a su vecino inmediato le ilustra en voz baja:
—Lo que pasa, ¿sabe usted?, es que a los toros viene mucha gente a pasar el rato y no le da importancia a nada. Y esto del pelo es trascendental...
Una ovación corta sus palabras. El matador ha cogido las banderillas y le ha puesto al sardo un soberbio par al quiebro. El competente aficionado en pelos comenta:
—Sí, no ha estado mal. Pero fíjese qué bien tiene mezclados los pelos blancos, rojos y negros.
Otro par monumental, éste al sesgo.
—Banderillea bien este chico. Pero repare usted ahora qué bien se le aprecian los cuernos astisucios.
Mire usted, sin que lo tome a mal, ¿eh?, a mí me parece que todos los toros tienen los cuernos grises.
—No lo crea. De ninguna manera. El toro puede tener los cuernos astinegros, astiverdes, astiacaramelados, astiblanco...
El matador empieza su faena por naturales. La gente ruge en los tendidos. El oyente del aficionado erudito se desentendiende de su docto discurso y grita: "¡Ole!", con rostro congestionado. El erudito le mira con lástima y comenta para sí:
—¡Bah! ¡Así está la fiesta, pérdida, en decadencia irremediable! ¡Este tonto entusiasmado con esa ballarina! ¡Aquel animal diciendo que el toro no es sardo! ¡El domingo que viene no vengo!

La hazaña que realizó en Lima el año 1816 Fray Pablo Negrón

EN el Archivo municipal de Estepa (Sevilla) existía, por lo menos hace cincuenta años, un interesante trabajo titulado "Tradiciones peruanas", en el que se relataba la vida pintoresca de fray Pablo Negrón, conocido por el sobrenombre de El Fraile Toreador.

Don Isidro Gómez Quintana, versado publicista taurino, recogió en el propio Estepa datos referentes a este famoso clérigo, y de ellos sacó en consecuencia que fray Pablo Negrón era hijo de Estepa y que sus antecesores eran italianos que se naturalizaron en España en la época de la Reconquista.

Era, pues, andaluz el Padre Negrón, que, ingresado en la Orden de la Merced y nada partidario de la vida conventual, residió, en calidad de capellán del feudo en alguna hacienda de las proximidades de Lima.

Fray Pablo tuvo una pasión que fué su tormento y el motivo de las reprensiones y castigos de sus superiores. Tenía locura por los toros, cuyas condiciones conocía a la perfección, y gustaba de practicar el toreo en cuantas ocasiones se le presentaban.

En los primeros dieciséis años del siglo pasado no se dió corrida en Lima ni lugares de su alrededor en cuya organización no interviniera el Padre Negrón.

Los lidiadores del país tenían fe ciega en la maestría del mercedario y buscaban sus lecciones y consejos. El famoso capador Casimiro Cajapalco, ensalzado como tal por el marqués de Valle-Umbroso solía decir: "Si no fuera quien soy, quisiera ser el Padre Negrón."

Vamos a relatar sucintamente un capítulo de las fiestas acasadas en Lima en agosto de 1816, en el cual el Padre Negrón realizó la más ruidosa y divulgada de sus hazañas. Fueron estas fiestas para celebrar la llegada del nuevo virrey del Perú, don Joaquín de la Pezuela, marqués de Vilumá. En el programa había tres corridas de toros que tendrían lugar en la Plaza Mayor, en la que, según costumbre, seguían celebrándose las funciones taurinas en honor del rey o de su representante. En el circo del Acho se celebraban las restantes.

El día de la función, la Plaza estaba magnífica, rebosante de espectadores. Casimiro Cajapalco y Juanita Breña lo torearon colosalmente a caballo.

El público, complacido y entusiasmado, arrojó a los dos jinetes muchos pesos. Torearon los "chulos", y el Ayuntamiento mandó tocar a banderillas, operación que realizó pronto y bien el diestro Cantoral.

Tocaron a matar, y Lorenzo Piz, armado de estoque y muleta, se fué bajo la caleta que ocupaba, con su séquito, el virrey, al que, por las buenas, espeó el siguiente brindis: "Por vuestro, su ascendencia, descendencia y toda la noble concurrencia."

Nos habíamos olvidado decir que Lorenzo Piz vestía terno morado y plata. Después de brindar, se fué para el toro, al que comenzó a citar desde mal terreno. De que lo vió de esta guisa, Fray Pablo, que presenciaba la corrida desde uno de los andamios del portal de Botoneros, se puso a gritarle:

—¡Quítate de ahí! ¡Acuérdate de la lección y no vayas a dejarme feo!
No tuvo tiempo el diestro de atender el apremiante consejo del Padre Negrón. El toro, que, como ya hemos dicho, era de muchos pies, se le vino encima, como una tromba, antes de que pudiera cambiarse de sitio. Piz dió un pase embarullado y no tuvo tiempo de reponerse. Relámpago, haciendo honor a su mote, se revolvió rápidamente, y cogió al diestro de manera emocionante.

Un grito de espanto resonó en la Plaza. Y entre el griterío descoló la voz de Fray Pablo, que decía:

—¡Zapateta! ¿No te lo dije, negro bruto? ¿No te lo dije?
Y al decir esto se terció el hábito y saltó desde el andamio a la arena para El toril se instaló en la esquina de Judíos.

hacer el quite a Piz, que, moribundo, estaba tendido en el suelo.

El toro abandonó su presa segura, reclamado por el quite valiente del mercedario, que le aguardaba con su propia capa blanca del hábito.

Fray Pablo hizo varias suertes a la criolla, a la navarra y a la verónica, dando tiempo a que los chulos retirasen de la Plaza al desventurado Lorenzo.

No hay que decir que el público tributó al Padre mercedario una gran ovación.

El primer espada, Esteban Corujo, no tuvo ánimos para estoquear a Relámpago, y, previa orden de la autoridad, tuvieron que intervenir los desjarretadores y el puntillero.

Fray Pablo fué llevado preso al convento de la Merced.

El comendador Fray Mariano Durán, rodeado de todos los Padres graves de la sala capitular, dedicó severa admonición al Padre Negrón, y le aplicó el condigno castigo. Además, se le declaró suspenso de Misa y demás funciones sacerdotales, y se le prohibió salir del convento sin licencia de su prelado.

La vida de encierro le sentó mal a Fray Pablo, hasta el punto de llegar a enfermarse. El médico de la Comunidad recomendó que el enfermo fuera enviado al campo, donde seguramente se repondría.

El Padre Superior le envió a la Magdalena, pueblecito situado a tres millas de Lima, recomendándole que no cayera en la tentación de torear. Pero Fray Pablo comenzó a recobrar la salud, y pronto inició sus visitas a las haciendas del valle, principalmente a Orbea y Mataschuras, donde había ganado bravo. Pecó de nuevo: toreó hasta que un berrendo de mal genio lo inutilizó para el ejercicio de su incontentible afición. El tal berrendo le dió tan tremendo golpe contra una tapia, que le dejó desconcertado un brazo.

Ya no pudo torear en adelante Fray Pablo Negrón; pero le quedó la sabiduría y el buen consejo en tauromaquia, y en consecuencia, mientras él vivió, no hubo en Lima ni en sus alrededores cuestión peliaguda, en materia taurina, que no pasara en última instancia al consejo y decisión del llamado, y no sin respeto, El Fraile Toreador.

ANTONIO MARTIN RUIZ



LA FIGURA de los NOVILLEROS



BELMONTENO

Es castellano; pero Sevilla y Córdoba dicen que es andaluz por el perfume de su arte. ¿Qué tiene este torero?... Madrid lo dirá

CARAS EXTRANJERAS EN EL TENDIDO

Don José Mardones es el primer secretario de la Embajada de Chile en España. Es joven, cordial y simpático. Ac-

cedor y franco. Emite sus opiniones sin reservas. Una cosa es la diplomacia y otra son los toros. A la hora de hablar de nuestra fiesta, don José Mardones se olvida de que es diplomático. Precisamente lo que nosotros deseamos, por que así sus declaraciones serán espontáneas y sinceras. Por más que él empiece diciendo que no tiene nada que decir en cuestiones taurinas. Como espectador, no se considera con autoridad para emitir sus opiniones con destino a la letra impresa. Hace falta que apelemos a toda nuestra persuasión para convencerle de que en estas entrevistas no se trata de recoger las palabras de técnicos —o supuestos técnicos— en la materia, sino del punto de vista que sobre el espectáculo tengan los que no han nacido en España, aunque, como en el caso de don José Mardones, tengan a orgullo su ascendencia española. En su habitual localidad de contrabarrera del tendido 10, sólo aquellos que le conocen pueden saber que este espectador ha venido del otro lado del charco. Exteriormente, todo en él denota señorío madrileño. Su estilo en el vestir, la forma de sostener el cigarro puro y hasta la manera de comportarse en el tendido, se han penetrado de tal modo con la capital, que sólo cuando se le oye hablar se da uno cuenta de que está en presencia de un suramericano; en este caso concreto, de un chileno.

DE LAS PELICULAS A LA REALIDAD

De un chileno que sentía una enorme curiosidad por ver los toros en su propio ambiente: en una Plaza de verdad y con toreros de verdad. Porque antes, en su país, don José Mardones había asistido a las charicadas que todos los años se celebran, por iniciativa de la colonia española en Chile, en el 12 de octubre, día de la Fiesta de la Raza. En esa fecha, los españoles más representativos de Chile torear unos becerros, sin llegar a banderilleiros, ni mucho menos a matarlos. Con ellos alternan jóvenes de la buena sociedad chilena, y es un festejo que deja siempre en los que participan en él, como actores o como espectadores, recuerdos inolvidables. Don José Mardones no tenía de nuestra fiesta más que esta referencia y la que le proporcionaban las películas taurinas, como "Sangre y arena". Pero el cine tiene mucho de truco. Nuestro entrevistado quería comprobar cuanto antes la verdad del toro, la parte que él llama de nervio; es decir, lo auténtico de este jugarse la vida alegremente ante los cuernos de un toro. Y pudo ver, desde la primera ocasión, que el peligro era superior a cuanto se había imaginado; que la emoción no admitía semejanza con la que proporciona ningún otro espectáculo; que esto de torear, en fin, era una cosa muy seria, superior a lo que le habían presentado en los films.

—En la Plaza, los toros se ven como expresos arrolladores, que han de llevarse todo cuanto se les ponga por delante. La pantalla, por mucho que se haga, nunca dará con el verdadero punto de la realidad del toro, porque por muy bien tomadas que estén las escenas, siempre se verá como película, como documento gráfico de algo que pasó. No. Sólo estando presente se pueden apreciar las faenas en toda su grandeza y en todo su valor.

CON PERDON...

Don José Mardones vino a España por primera vez en el año 1941. En Santander vió su primera corrida.

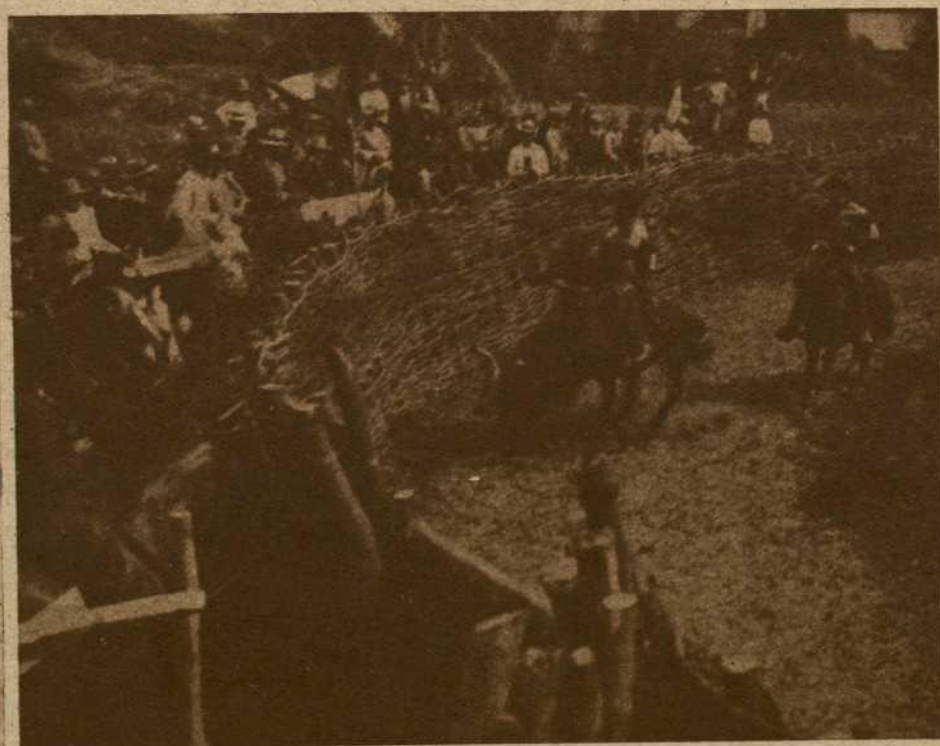
—Y no tengo por qué ocultarlo. En el primer toro me molestó profundamente la suerte de picar, y más concretamente, el picador, quien se me antojó el malo, el traidor de la fiesta, y se ganó todas mis antipatías. Prescindiendo de esto, ya en el segundo toro me entusias-

DON JOSE MARDONES ES UN ESPECTADOR CON MUCHO TEMPERAMENTO

La realidad de la fiesta no puede apreciarse en las películas, por muy bien hechas que estén



Don José Mardones, primer secretario de la Embajada de Chile en España



Un típico rodeo en un cerrado en Chile

me de tal manera que me olvidé de mi condición de novel y grité como el que más, poniéndome en pie para aplaudir o para protestar. De pronto, me di cuenta de que mis palabras eran las de un profano y que los vecinos de localidad podían considerarse molestos, por lo que me dirigí al más próximo para pedirle excusas. Este señor me dijo que no era menester, que podía decir todo lo que quisiera, con tal de añadir al final, "con el perdón de los presentes". Y así lo hice.

—Y, a estas alturas, sigue usted odiando a los picadores?

—No, porque ahora ya he entendido su misión y su justificación. De todos modos, es la parte menos bella, la que menos me gusta de todo el conjunto.

—Y fué buena aquella corrida de Santander?

—¡Ah, ya lo creo! Fué estupenda. Como he visto pocas después. Claro que los toros salieron magníficos y permitieron el lucimiento de

los diestros, que eran Juanito Belmonte, Manolete y Morenito de Talavera: todos cortaron orejas. Mi primer encuentro con la fiesta taurina no pudo ser, pues, más afortunado.

CUANDO MANDAN LAS MUJERES...

—¿Cree usted —preguntamos ahora a don José Mardones— que nuestra fiesta se podría aclimatar en su patria?

Se queda pensativo antes de contestar. Luego se ríe abiertamente.

—No, no. Creo definitivamente que no.

—Pero, ¿por qué?

—Querido amigo: allí hay una Sociedad Protectora de Animales. Sería muy difícil. Yo creo que imposible. Porque en esa Sociedad mandan las señoras. Y donde las mujeres mandan, no hay nada que hacer.

—No obstante, tengo entendido que allí hay una gran afición a las fiestas camperas.

—Es que eso es otra cosa. Sin... derramamiento de sangre. Son los típicos rodeos, que a mí, particularmente, me encantan y he participado en muchos de ellos. Las reses son derribadas después de ser cogidas con el lazo. Hay jinetes que hacen verdaderas maravillas.

ESPECTADOR CON TEMPERAMENTO

—¿Qué impresión le producen los toreros fuera del ruedo?

—Nunca creí al verlos que fueran capaces de realizar las hazañas que llevan a cabo en las Plazas. En general, no dan la sensación de atletas, no acusan, físicamente, la fortaleza y la resistencia que indudablemente hacen falta para soportar el enorme esfuerzo físico que requiere la actuación de un matador.

—Y dígame, señor Mardones, ¿su temperamento de espectador ha seguido como en aquella corrida de Santander?

—Francamente, sí. Aunque procuro ir siempre acompañado de aficionados entendidos, para no columpiarme, como dicen ustedes. Sin embargo, una vez...

—Una vez, ¿qué?

—Que estuve a punto de ir detenido...

—¡Hombre! ¿Y qué ocurrió?

—Que tiré una almohadilla al ruedo. Claro que yo lo hice creyendo que era natural. Como los demás espectadores las arrojaban, yo estimé que era lo indicado en aquel momento. La verdad es que la tiré para no desentonar, sin saber que cometía una falta sancionada por la autoridad. Claro que yo me decidí cuando ya me habían precedido muchos...

PUBLICOS Y PUBLICOS

—¿Qué público de su país se puede comparar con el de toros?

—El de fútbol, hipódromos y boxeo. No olvide que por nuestras venas corre valerosa sangre española, y, por tanto, tenemos una fuerte vibración...

RICARDO ARMENTALES

Hacia el abaratamiento de la Fiesta Nacional

Ni el ganado puede costar menos, ni los toreros cobrarán cantidades más pequeñas



Domingo González, Dominguín, torero, apoderado y empresario

A FORTUNADAMENTE, antes de entrar en el tema de la charla que pretendíamos sostener con Domingo González, éste nos contó algo de lo que fué su vida como torero, apoderado y empresario. Y digo afortunadamente, porque en caso contrario, si lo único que yo tuviera que contar a los lectores fuera lo que Dominguín me dijo sobre el posible abaratamiento de la Fiesta Nacional, éste reportaje quedaría reducido a muy pocas líneas, y el lector no conocería algunos pormenores interesantes de la vida de este hombre, que no dejó de ser figura en el mundillo taurino cuando determinó abandonar estoque y muleta, Domingo González decidió retirarse del toreo en la Plaza de Toledo. Llevaba la temporada no más que regularmente. Cuando cayó el toro que fué el último que mató, sus paisanos le silbaron justamente. El torero se dirigió a la barrera para entregar estoque y muleta al mozo de espadas. Cuando llegó había decidido



Con su hijo Luis Miguel, Domingo González juega su partida de ajedrez. De testigo, Pepe Dominguín

no volver a vestir el traje de luces. Alzó luego que estaba enfermo para no verse obligado a torear las corridas que tenía contratadas, y no volvió a actuar.

Domingo González toreó por primera vez en Torrijos, en el año 1915. Fué en una novillada en la que se lidiaron tres novillos de José de la Peña. Los dos primeros los mató Emilio Méndez, y el tercero, Domingo. El de Quismondo quiso poner un par de banderillas cortas, y al partir los palos se clavó un arponcillo en la palma de la mano izquierda. Se lo arrancó, se puso un pañuelo en la mano herida y, pegado a las tablas, clavó el par, dándole al novillo la salida contraria. El mejor par que Dominguín puso en toda su vida.

El 26 de marzo de 1917 actuó por primera vez en Tetuán de las Victorias, y tal fué su éxito, que toreó cuatro corridas más en el mismo ruedo, y el 14 de julio se presentó en Madrid, alternando con Ramón Fernández, Habanero, y el sevillano Manuel Molina, Lagartijo, en la lidia de seis novillos de Medina Garvey. A los tres les acompañó el fracaso, y allí creyó Domin-

go que habían terminado todos sus sueños de gloria. Pero don Eduardo Pagés creía en el toreo de Quismondo, y le contrató para torear, durante la temporada de invierno, en Barcelona. Allí fué Domingo dispuesto a todo. Toreó dos novilladas, y las dos tardes fué llevado en hombros hasta la fonda. Lo que perdió en Madrid lo encontró en Barcelona.

El año de 1918 fué de continuos triunfos para Domingo González, que toreó sesenta y tres novilladas. El 26 de septiembre del mismo año, Gallito dió la alternativa en Madrid a Varellito y a Dominguín. Se lidiaron tres toros de Contreras y otros tres de Salas. Toreó aquel año dos corridas más de toros, y fué matador de alternativa hasta que el día del Corpus de 1925 toreó en Toledo su última corrida. En ésta actuó Cañero, y alternaron con el toledano, en la lidia de seis toros de Celso Cruz del Castillo, Sánchez Mejías y Ganillo de Riela. Era Dominguín empresario en aquella corrida, y esta circunstancia, conocida por sus paisanos, determinó el enfado del público, y este enfado, la decisión del torero, que comprendió que no había estado a la altura debida y que no podía seguir lidiando toros y actuando como



Dominguín es amigo de la pintura. Y si ésta es familiar, más. Hele aquí viendo un cuadro en el que figura Pepe



Domingo González, Dominguín, en uno de los momentos de la charla

Domingo González cree imposible la reducción del precio de las localidades

empresario al mismo tiempo.

Al llegar a este punto de la conversación, Domingo González deja de contarme cosas que a él se refieren, y me habla de su amigo Braulio Lausín. Yo no sé si Gitanillo de Rieja tendrá a alguien por más amigo suyo que Dominguito. No lo sé; pero dudo que haya quien tenga más verdadero cariño, más acendrada amistad por el torero de Rieja que Domingo González. Cuando Dominguito me habla de Gitanillo, no sabe que yo soy paisano de Braulio; que cuando éste era matador de toros yo fui su amigo y que aunque ahora, si Lausín me viera, no me reconocería, yo sigo admirando y queriendo al «León de Rieja». No lo sabe, ni sabe tampoco la gratísima impresión que me producen las encendidas frases de cariño y admiración que Domingo tiene para el que fué fenómeno de valor hace unos años y es hoy modelo de seriedad y hombría. Cuando le digo que soy paisano de Braulio y que fui su amigo, Domingo me cuenta, por lo menudo, cosas que demuestran cuánta es la amistad que une a estos dos hombres que se jugaron la vida juntos muchas tardes.

Luego, Dominguito me dice que fué apoderado de Sánchez Mejías.

Dominguito ha sido torero, apoderado y empresario, organizando en 1929 ciento sesenta espectáculos



Además de todas las cosas dichas, Dominguito es padre de tres toreros: Domingo, Pepe y Luis Miguel

Cagancho, Ortega y Armillita, y cómo llegó a ser empresario en Tudán de las Victorias, en Madrid, en Barcelona, en Zaragoza, en San Sebastián... Dominguito ha sido empresario en todas las Plazas de España, excepto en la de Huelva. Y tal fué su actividad como empresario, que en 1929 organizó ciento sesenta espectáculos taurinos; de ellos, sesenta y siete corridas de toros.

Y durante cinco años fué empresario en la Plaza de El Toreo, de Méjico, y propietario de la mitad del inmueble. Tuvo que vender su parte, y dejó de ser empresario; pero al poco volvió a Méjico, y llevó a aquellas tierras treinta y seis toros de las mejores ganaderías españolas y veintiséis vacas de casta.

Ahora sólo se ocupa de atender a la buena marcha de los asuntos de sus hijos, que no es flojo quehacer.

Dominguito me da una respuesta categórica a mi pregunta sobre el posible abaratamiento de la Fiesta Nacional. Me dice: «Es absolutamente imposible rebajar los precios. Bien está que todos los aficionados conozcan la opinión de unos y otros en este asunto,



Todos los días hay que dedicar un momento a la Prensa. Conviene estar al tanto de las noticias

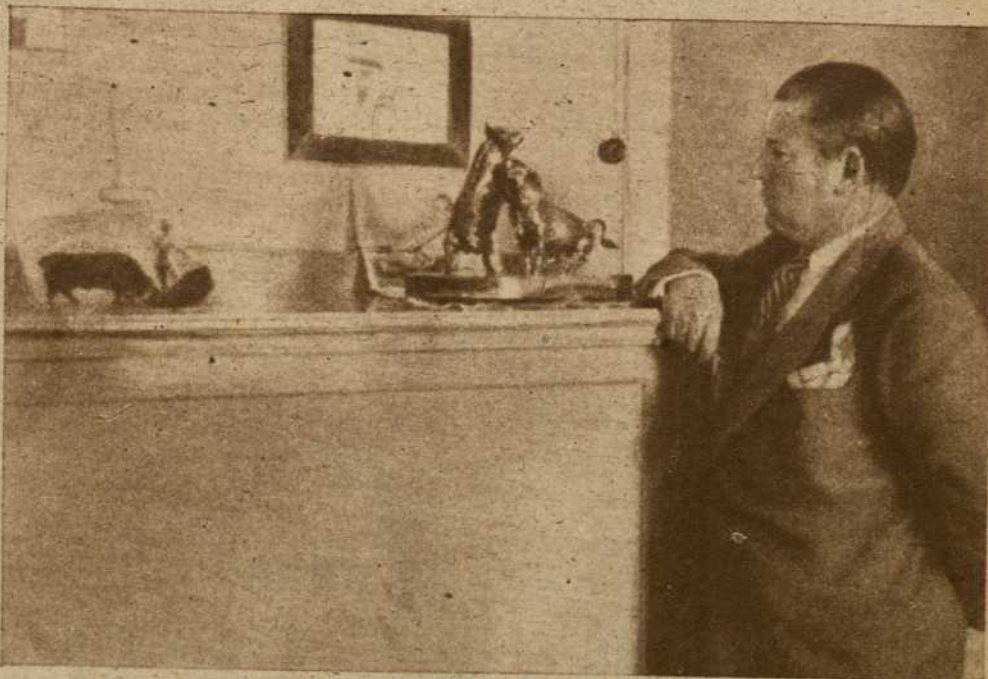
y desde ese punto de vista me parece acertada la campaña de EL RUEDO; pero no hay posibilidad de reducir precios. Ni el ganado puede valer menos que el año pasado, ni los toreros cobrarán cantidades más pequeñas. Si por ver a una estrella de la canción se pagan cinco duros, ¿cómo se va a pretender ver una corrida de toros por ese precio?»

Dominguito ha dicho cuanto tenía que decir sobre el abaratamiento del espectáculo. Si las circunstancias varían, cambiará de opinión. De lo contrario, él seguirá pensando lo mismo.

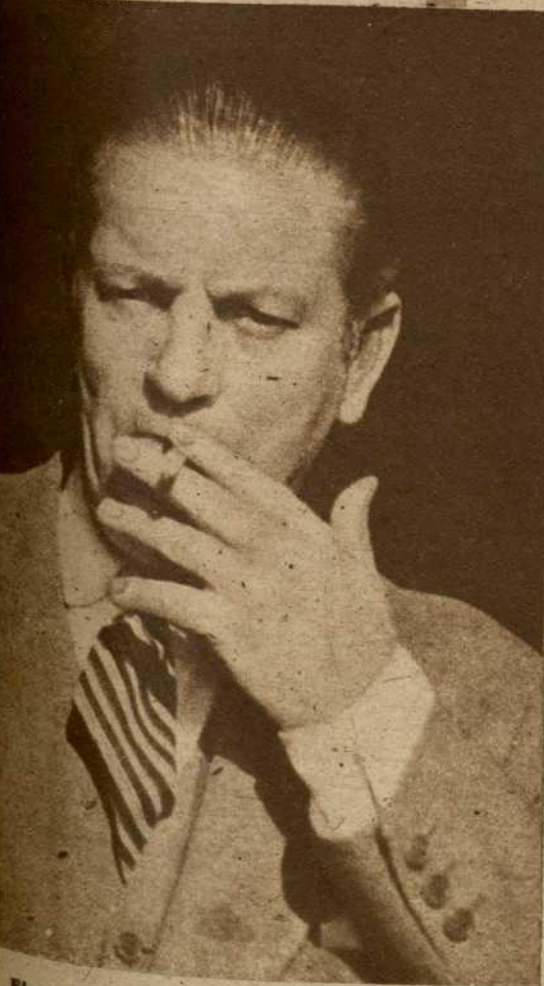
Y recogemos nuestros apuntes, guardamos las cuartillas y seguimos hablando con Dominguito.

Pero ahora de otras cosas. Porque Domingo González es un entretenido y buen conversador.

BARICO



Su casa está poblada de finos detalles de arte. Aquí, Dominguito contempla un grupo escultórico en el que dos toros luchan (Fotos Manzano)



El cigarrillo siempre es el pretexto para poder pensar las cosas con detenimiento

LOS VESTIDOS DE LOS TOREROS

DESDE los tiempos de Francisco Romero a los del Albaicín, la indumentaria de los toreros ha sufrido una evolución fundamental y suntuaria.

Hace doscientos años, cuando el profesionalismo vino a ser implantado en sustitución de la participación de la nobleza, en las fiestas de toros, los trajes de los toreros eran sencillos y con escasa diferencia de los trajes de calle.

En un principio, los toreros de a pie vestían calzón corto, jubón y colete. Sobre la cabeza, un castoreño bajo de copa, calzando zapato de cordobán y medias finas.

Casi al final del siglo XVIII, el jubón y el colete fueron sustituidos por la chupa y chaqueta de aldetas. Las Maestranzas solían regalar a los toreros los trajes, que unos los preferían azules y otros colorados. Estaban ya adornados de cadenetas, gusanillo de oro, flecos de plata y hombrillas con borlas.

Fué entonces cuando se inició la moda, conservada hasta hoy, de hacer el paseillo llevando capas cortas, en un principio galoneadas de plata, y después, con espléndidos bordados.

Cuando el marqués de Esquilache ordenó que todos los españoles recogieran o recortaran las alas de los sombreros para no ocultar, con ella, la cara, los toreros desterraron sus anchos sombreros, sustituyéndolos por los de medio queso.

Pepe-Hillo y Costillares comenzaron a recargar los trajes con bordados de oro, destacando, por el derroche de adornos, los que usaba el famoso Curro Guillén, muerto en Ronda el año 1820.

Hacia 1830 se dejó el sombrero de medio queso y apareció en su lugar la montera. Entonces, lo mismo en el calzón, que en el chaleco y la chaquetilla, comenzó un derroche de bordados de plata y oro.

El peso de un traje de torear, en la actualidad, no baja de 15 a 17 kilos. La costumbre generalizada es que los matadores vistan siempre ternos bordados en oro.

A lo largo de la historia de la indumentaria de los toreros, unas prendas han ido achicándose y otras alargándose. Las corbatas, por ejemplo, que cubrían antes casi toda la pechera, actualmente son unas finas cintas de seda cuyo color, obligadamente, ha de ser el mismo que el de la faja.

Las taleguillas, en cambio, han ido alargándose. Antes apenas llegaban a las rodillas, y ahora se ata los machos más abajo y aun tiene que rematar parte de la boca del calzón.

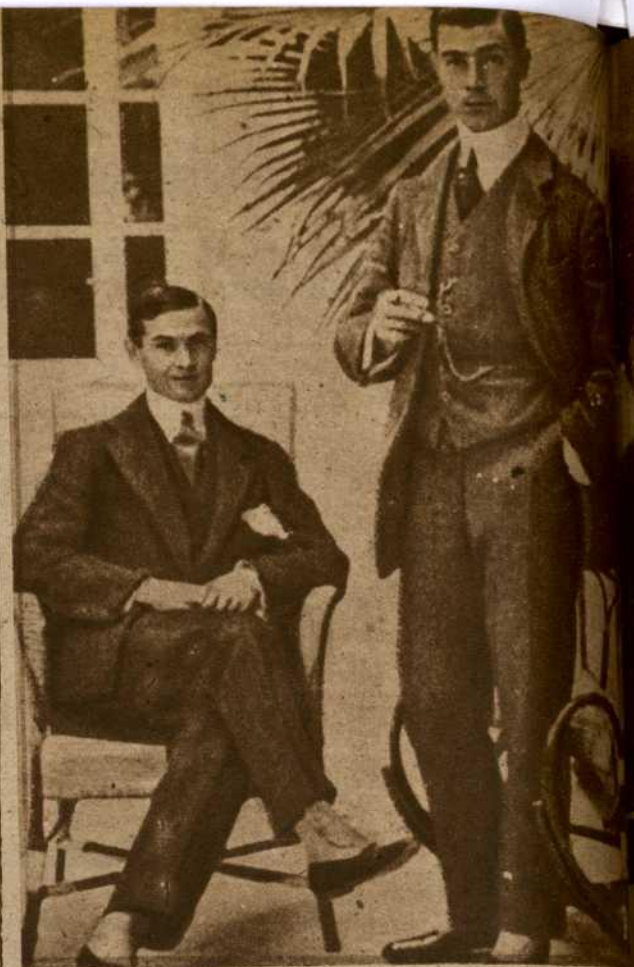
La chaquetilla, que antes dejaba ver la faja, ahora cubre toda la cintura.

Finalmente, las monteras tenían los machos desprendidos. Ahora son absolutamente aplastadas.

Hubo, en tiempos no muy remotos, un torero que sorprendió por lo atrevido del bordado de sus trajes: Antonio Márquez.

Hoy, Rafael el Albaicín, nos ha curado de toda sorpresa. Sin que pueda negarse un buen gusto en sus atrevidas innovaciones.

ALFREDO R. ANTIGUEDAD



Los hermanos Bombita fueron los primeros toreros que dejaron de usar el traje corto



Arriba: Guerrita, en 1887.— Abajo: Montera de fin de siglo



Montera de hace treinta años



Arriba: Un retrato del Albabeño, el día que se retiró Guerrita de los toros.— Abajo a la izquierda: Vestido del siglo XVIII.— A la derecha: Vestido del primer tercio del siglo XIX



Vestido de mediados del siglo XIX



Cayetano Ordóñez, Niño de la Palma



El popular torero de Ronda con sus seis hijos. Entre ellos, el novillero

EL NIÑO DE LA PALMA, director de la Escuela Taurina de Lisboa



Cayetano en uno de los momentos de la charla

EN un grato ambiente hogareño, en la casa sevillana de Cayetano Ordóñez, y cerca de los trofeos entrañables —la cabeza del novillo de Tovar, que valió un éxito grande a Cayetano, hijo, en su presentación en la Maestranza; fotografías de Juanito por diversas Plazas de Portugal; viejos carteles del famoso maestro de Ronda—, hablamos de la Escuela de tauromaquia, fundada recientemente en Lisboa, y para la cual sus fundadores han concertado con el Niño de la Palma, padre, su dirección técnica.

—La Escuela —nos informa Cayetano Ordóñez— ha sido creada por iniciativa de los populares críticos taurinos lisboetas Pepe Luiz y El terrible Pérez, entre otros notables aficionados, y bajo la protección del Club tauromáquico de Lisboa y del sector I. El sostenimiento de la Escuela correrá a cargo de estos Círculos —cuyos socios contribuyen mensualmente para este propósito— y tendrá el apoyo económico del Sindicato de Espectáculos. Se darán cursos teórico-prácticos, con la colaboración de los toreros retirados Manuel y Alfredo Dos Santos y los ganaderos señores Andrade, Palha, Pinto Barreiro, Moura y Nuncio. Las clases abarcarán toda la temporada, dando comienzo, casi siempre en el próximo mes de marzo.

—¿Qué objeto máximo tendrá esta Escuela? ¿Se intentará renovar el toreo portugués?

Cayetano Ordóñez —director de la nueva institución taurina de Campo Pequeno— nos habla de las características del toreo en Portugal, de su afición, de los gustos del público.

—Es un estilo distinto totalmente del toreo nuestro. No sólo por la visible diferencia que hay entre que los toros sean de muerte o sólo para lidia y banderillas. Es más acusada esta diferencia en los toreo español y lusitano. Allí un torero sigue esta trayectoria profesional: aprendices o aspirantes, que

no pueden figurar más que como agregados de cuadrilla y sin sueldo; practicantes, que intervienen en provincias, y, por último, la alternativa en Campo Pequeno (la más importante Plaza portuguesa), en la que los ya muy avezados, y con treinta y cinco años cumplidos, pasan a ser banderilleros efectivos. Y esta suerte de las banderillas, junto al toreo a caballo, es lo que más entusiasmo despierta en la afición portuguesa. Hay muchos aficionados —sobre todo aquellos que tienen oportunidad de acudir a las ferias próximas de España— que propugnan la renovación de este sistema para adoptar el toreo a usanza española. Pero no se consigue. Se han hecho intensas campañas de charlas, artículos, etc., y nada se ha podido lograr. Esta afición está muy enraizada en todo el país, y por esto no creo que sean fáciles las modificaciones, aunque no cabe duda que me enorgullecería que, poco a poco, se fuese introduciendo sobre el bello espectáculo que allí constituye el ejercicio ecuestre y la suerte de banderillas, el toreo español y la muerte del toro. Pero, de momento —concreta Cayetano—, el propósito de esta Escuela es conseguir que aumente todavía más el número de lidiadores y —ojalá sea así— lograr un torero completo.

—¿Qué torero es ahora el favorito en Lisboa?

—Hay dos: Augusto Gomes, y Diamantino Viseu, magníficos. Este año dirá.

Otro torero hay ya en la familia del famoso rondeño: Juanito. Su clase fina, su sentido profundo del arte de la lidia y su larga práctica de aprendizaje —que ahora proseguirá, junto al padre, en la Escuela lisboeta—, justifican la esperanza que en él tiene puesta Cayetano.

—Creo que son muy distintos. Cayetano es más serio, más seco; y Juanito, si persiste, puede ser muy artista. (Un buen número de fotos del pequeño nos lo demuestra así.)

Dejamos la charla. Hemos evocado, a ratos, el ambiente torero de Ronda; las viejas casonas de Pedro Romero —de las que Cayetano poseyó hace tiempo cerca de veinticinco, con sus escudos de cruz labrada en piedra—; los despilfarros; la falta de madurez, que tanto daño hace en los toreros de plenísima juventud; los viajes a América; fabulosas anécdotas de El Gallo, cuando visitó en El Cuzco a un indio que, según Rafael, “tenía dos o tres siglos de edad”...

Y al despedirnos, Cayetano nos obsequia con un libro de un notable escritor taurino, Pepe Luiz, de “O'Século”, quien escribe en uno de los capítulos: “Lisboa se enorgullece de poseer una de las más hermosas y elegantes Plazas de toros del mundo”. Y para justificar este orgullo y fomentar tan ejemplar afición, acaba de fundar, en su mismo casco urbano, una Escuela taurina que recibirá todo el impulso que puede darle el magnífico torero que lleva en sí —en su historia y su estilo— Cayetano Ordóñez Aguilera.

F. MONTERO GALVACHE

El más pequeño de los hijos de Cayetano con el torero de Ronda



El Niño de la Palma con sus dos hijos mayores; Cayetano y Juanito



Cayetano Ordóñez con la pareja más pequeña de sus hijos (Fotos Arenas)



Fermin Espinosa

ARMILLITA

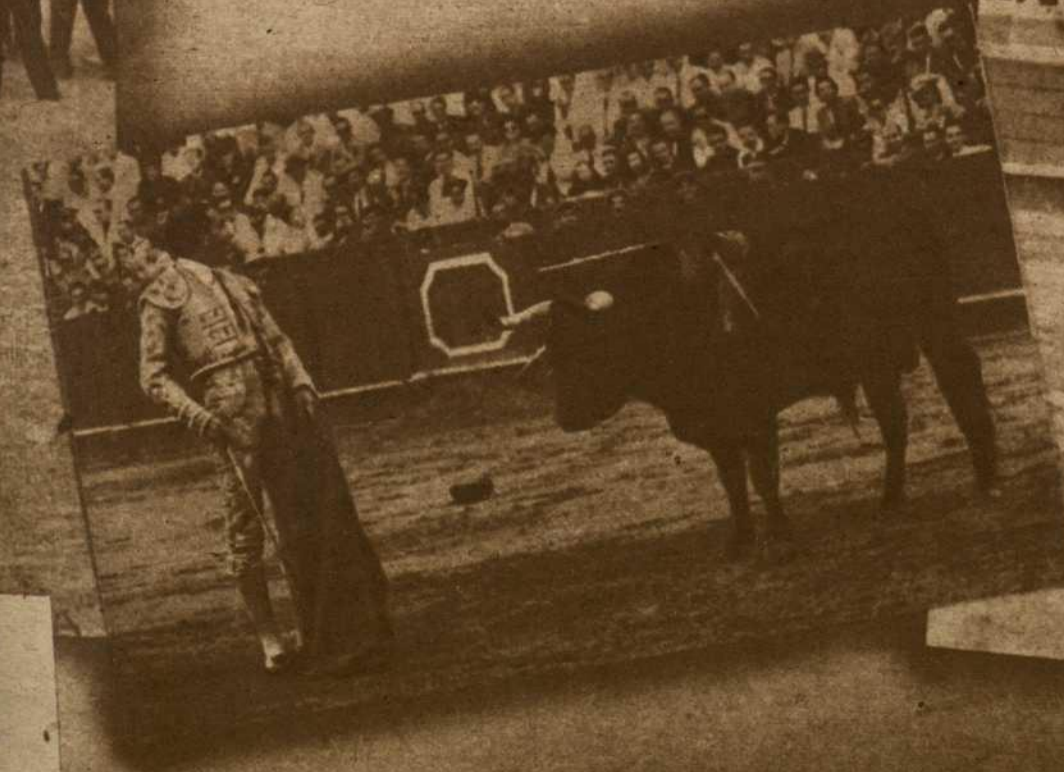
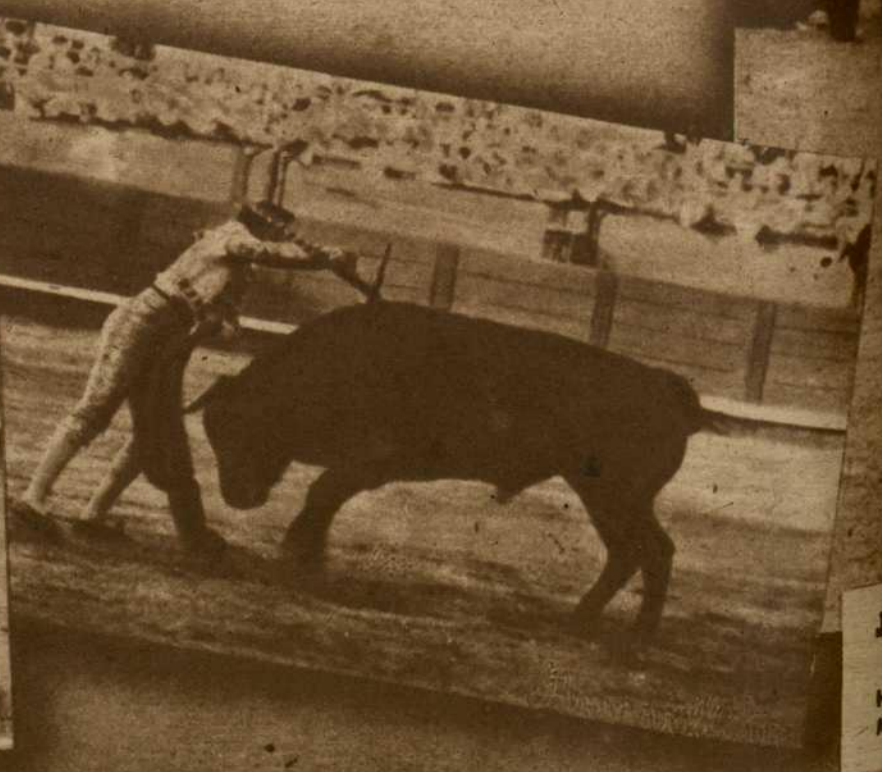
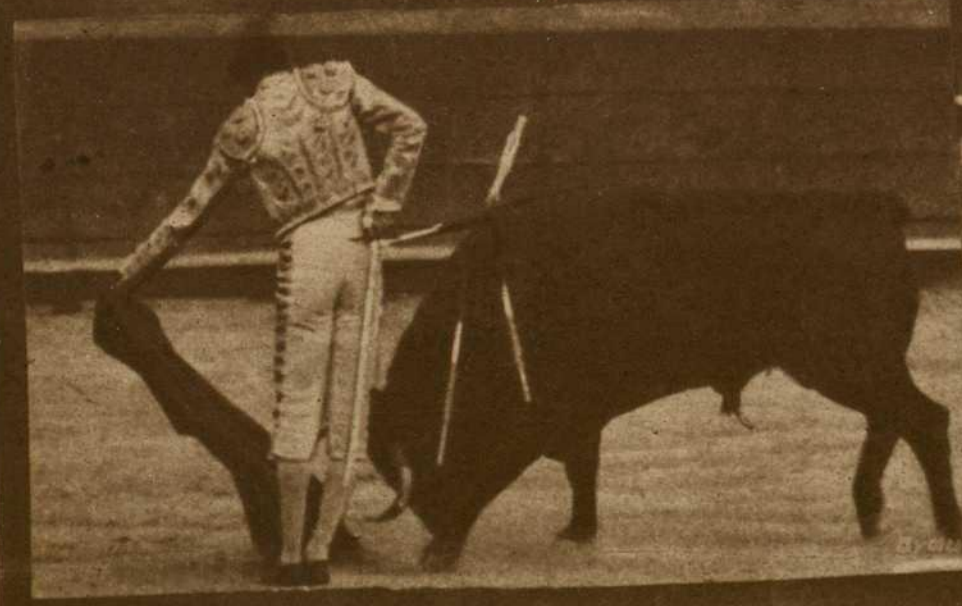
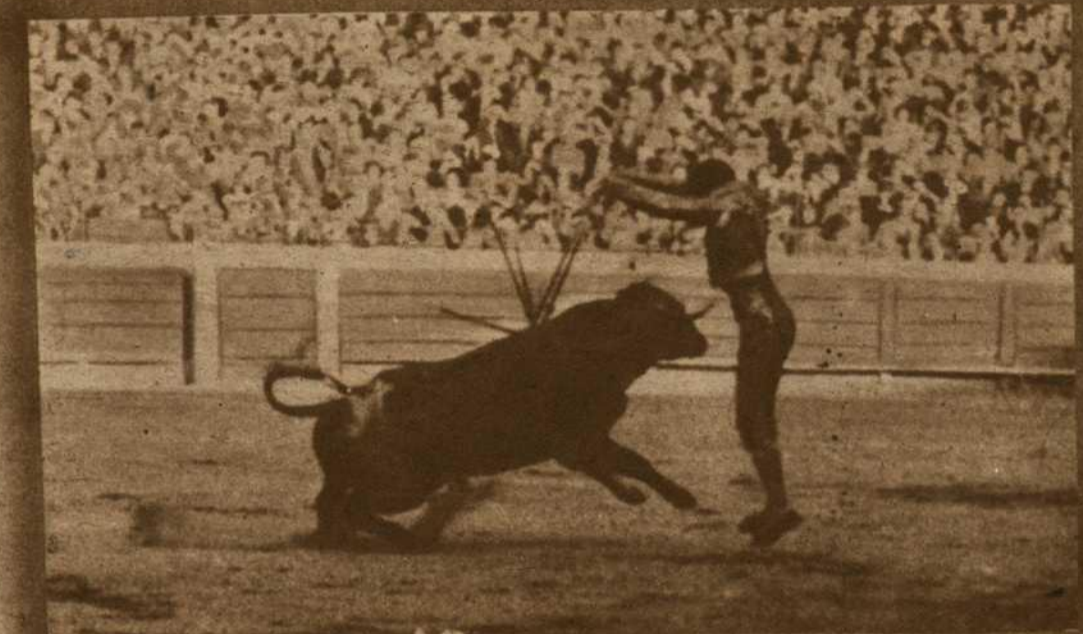
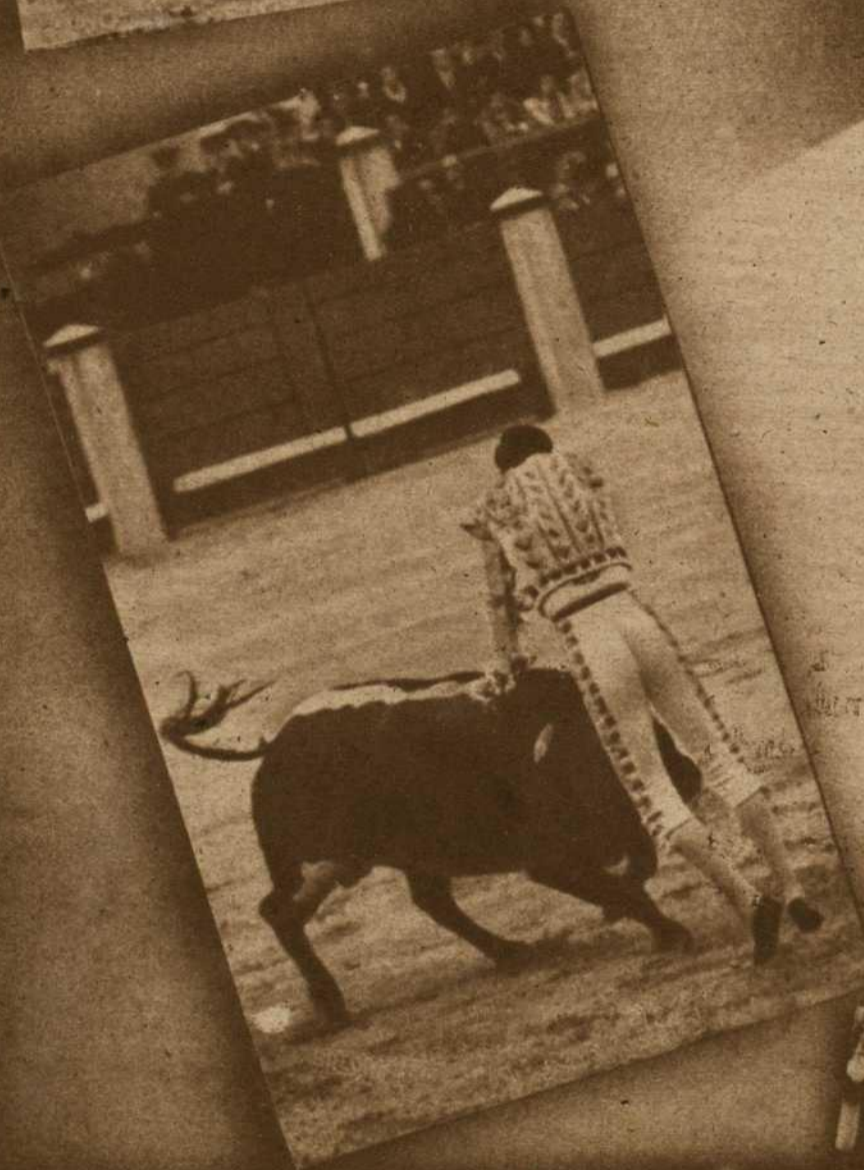
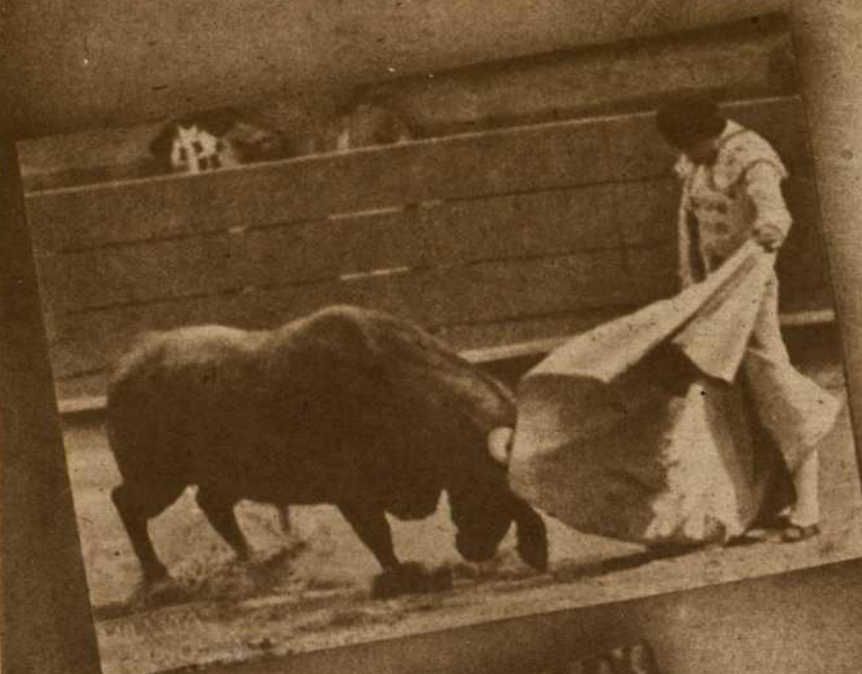
En la plenitud de su vida y de su gran figura torera de Armillita eleva su personalidad, enraizándola en el más completo dominio de todas las suertes del toreo. No es especialista de ninguna suerte, porque es especialista de todas. Que nadie puede superarle en la asombrosa lentitud con que maneja el capotillo, ni en lo vasto y garbado de su repertorio de quites, ni en su ejecución como banderillero de emocionante y finísima clase, ni en su variedad, propicia a las dos grandes escuelas del toreo que abrillanta sus grandes y personalísimas faenas, de la seca y emotiva traza del natural rondeño, a la grácil y alada expresión del más puro arte sevillano, que esta gran figura del toreo refrenda con la más clásica ejecución del volapié.

Desde los 16 años, a cuya edad se hizo matador de toros, hasta hoy, Armillita impuso y sostiene con toda firmeza su alta categoría, que en tan alto apre-

cio como sincera estimación tienen todos los buenos aficionados a nuestra Fiesta Nacional.

Actualmente, en Méjico, a sus rotundos éxitos logrados en la Plaza del Toreo, donde, alternando con Manolete, cortó orejas y fué sacado a hombros, hay que añadir el que ha obtenido en la corrida extraordinaria allí toreada con el mismo Manolete y Silverio Pérez, en la cual, a pesar de las difíciles condiciones de los «murubes» que le correspondieron, dió una gran tarde con el capote, las banderillas, la muleta y el estoque, cortando orejas y siendo constantemente aclamado.

Así se justifica la alta categoría de Armillita, lo mismo aquí que allá.



JOSÉ MANFREDI
HORRADO
Huesca
M A D R I D
Teléf.
77986

EL ARTE Y LOS TOROS

EL ACUSADO HISPANISMO RACIAL EN LA OBRA PICTORICA DE PONS ARNAU



«Las presidentas», cuadro de Pons Arnáu, en el que, junto a la bondad de una técnica maestra, están condensadas no pocas esencias raciales de nuestro pueblo



CUANDO en ese zigzagante ir y venir de nuestra mirada en busca y contemplación de aquella obra de arte que despierte en nuestros sentidos emocionales dormidas apetencias admirativas, hemos tropezado, descubierto otra vez, la tarea o labor pictórica de Francisco Pons Arnáu; hemos llegado a la conclusión de lo difícil que es pintar con el corazón y no con el cerebro, como acontece frecuentemente.

Porque en estos momentos, en que parece que la pintura está en auge, no por la calidad y mérito de las telas inéditas que por lo general se nos brindan, sino por la cantidad de pintoras y pintores que han surgido, vemos cómo la nueva generación artística, la actual juventud creadora, da en pintar el «bodegón» y la «naturaleza muerta», todo lo más, el paisaje, carentes, las más de las veces, como decíamos no hace mucho, de la unción emotiva que debe presidir toda obra de arte. Y no es que creamos, ni mucho menos, que en cualquiera de estos tres temas no pueda haber ni ponerse esa emoción creadora de lo bello que, por lo general, late en otras producciones de mayor empresa. No. Cuando un pintor, con la paleta y los pinceles en la mano, busca en el color, en sus combinaciones y en la ejecución de la obra, cualquiera que sea el asunto, la unión de la técnica perfecta, por privada y particular que sea, con la belleza de la estética, cabe poner o infiltrar en su producción esa espiritualidad, que notamos ausente desde hace mucho tiempo. Porque el pintor no ha de tratar solamente de llevar al lienzo lo que su vista presencia —eso lo hace bellamente y con fidelidad la cámara fotográfica—, sino trasladar la propia emoción del

paisaje o de lo que le sirve de modelo para realizar su tarea. Un cuadro sin emoción es como una novela sin tesis. El artista tiene una más alta misión que realizar en pro y en beneficio de su obra. Cuando ahora, en una mirada revalorizadora, nos hemos colocado ante la obra de Pons Arnáu, hemos visto hasta qué punto tiene consistencia nuestra tesis o manifestaciones al ver cómo en los cuadros de este excelente discípulo del gran Sorolla adquiere preponderancia suma esa espiritual emoción de que hablábamos antes. Porque la obra de arte, el cuadro, principalmente, no debe hablar solamente al sentido óptico y de las preferencias colorísticas y de ejecución, sino también al alma, al sentimiento y emociones del observador, que ha de ver en el lienzo todo el espíritu, el pensamiento y hasta el fondo filosófico o comentarista que el pintor quiso poner y puso en su artística creación.

La obra de Pons Arnáu responde a tan fundamentales y necesarios principios, y es curioso observar cómo este pintor, que vio la luz en la luminosa, radiante y mediterránea tierra levantina, ha querido preferentemente buscar sus modelos en esos tipos agitanados y andaluces, tostados por un sol calenturiento y abrasados de los campos y cortijos sevillanos.

Porque andaluza es la mujer de su cuadro «Bailadora», y andaluces son, en su mayor parte, esos modelos femeninos de su célebre lienzo «Las presidentas», en el que está representado todo el espíritu de nuestra raza. Gitana, en toda la extensión de la palabra, es esa mujer del fondo, con peineta y sin mantilla, que, ensimismada y absorta, mira al rondel, mientras su pensamiento acaso va del corazón al cerebro y del cerebro al corazón en una lucha interna y circunvalatoria de las emociones y los sentimientos. Española, netamente española, la primera figura, de negra mantilla, que apoya sus brazos cobrizos en la barandilla, y castizo ese tipo masculino que se adivina más que se ve bajo el amplio y gris sombrero ancho.

Todo el cuadro rebosa españolismo; late en él una destacada emoción indirecta, y en ese palco de la Plaza parecen y están condensadas todas las esencias raciales de nuestro pueblo, en una perfecta amalgama o unión con la bondad de una técnica maestra.

¿De dónde sacó el valenciano Pons Arnáu estos modelos? Pasa por alguno de ellos la sombra de Romero de Torres y de Zuloaga, y nos parece que camino del Sacromonte, o de la Alhambra, en los arrabales de Granada o de Córdoba, en el barrio trianero en Sevilla o en la zona rondeña de Málaga, se perdieron estos tipos característicos, para que Pons Arnáu los encontrara, trasladándolos más tarde, con su arte depurado y exquisito, al lienzo.

No es sólo pintar, no es sólo hacer un cuadro bonito, decorativo y de perfecta escuela.

Hay que ir más lejos. Como hicieron Romero de Torres y Zuloaga, de los que hablábamos antes, y como Solana, con la disparidad técnica y de estilo en su pintura, hay que buscar una emoción y saber encontrarla. Hay que hacer española nuestra pintura. Los pinceles deben hacer hablar a todas las emociones éticas y estéticas, y principalmente, y por encima de todo, al espíritu hondamente enraizado que los anima.

MARIANO SANCHEZ
DE PALACIOS





Juan Gómez, el Rizado, antiguo picador de Chiquito de Begoña, y que hoy ejerce el servicio de enlace del Sindicato Nacional del Espectáculo

JUAN Gómez está ya de vuelta de la feria de las vanidades. Podría él muy bien decir que cerca de medio siglo de solera taurina le contempla. Pero Juan Gómez se calló, entre sentido y prudente. ¿Para qué volver la cabeza atrás? ¿Para qué, si hoy le conocen todos?

Porque todos —el aficionado de ayer y de hoy— conocen al Rizado. El Rizado, en sus tiempos mozos, fué picador famoso. Algún tiempo antes quiso ser matador de toros. Pero esto fué un sueño de él. Un sueño corto. El dice ahora que se hizo picador por no cortarse la coleta. Puede ser cierto. El caso es que el Rizado fué picador hasta el año 20. Después, ya no, porque toreando aquel año a las órdenes de Chiquito de Begoña, en la Plaza de Cuénca, un toro le rompió un brazo, dejándole inútil para la profesión. De entonces a hoy, Juan Gómez, el Rizado se acercó a la fiesta con diferentes cargos, que le ganaron la simpatía y la popularidad de todos los aficionados. Hombre justo y recto, hoy tiene encomendada una misión difícil, que la mayoría de los aficionados desconocen, y que, sin embargo, tiene un gran valor en la fiesta. Todos hemos visto al Rizado, en la Plaza de las Ventas, ir y venir por el callejón, y todos nos hemos preguntado: ¿Qué hace el Rizado? ¿Qué es Juan Gómez?

El, en esta mañana de febrero, nos descubrió el secreto. Hablábamos de la fiesta. Y alguien puso sobre el tapete el tema de la suerte de varas.

Entonces...

Habló el Rizado:

—Ustedes conocen la suerte de varas en los ruedos; pero desconocen algunas cosas que suceden antes de la corrida y que, sin embargo, gracias a ellas no se cometen abusos.

—Y usted, ¿qué sabe de esto?—le preguntó.

—Algunas cosas, porque soy el enlace del Sindicato Nacional del Espectáculo cerca de la fiesta, y uno de mis cometidos es el de velar por la suerte de varas antes de las corridas.

—¿Quiere explicarme?...

—Verá usted. Todas las puyas tienen que ajustarse a un modelo reglamentario, para evitar el uso de las puyas clandestinas, fabricadas en beneficio de los ganaderos de los toreros y de los ganaderos. Para evitar el uso de las llamadas clandestinas, y a la vez para dar cumplimiento a lo ordenado en este aspecto, yo tengo la misión de revisar y medir todas las puyas que se construyen en España y que se usarán luego en todos los rue-

La fiesta por dentro

JUAN GÓMEZ, EL RIZAO, AYER, PICADOR; HOY, ENLACE DEL SINDICATO NACIONAL DEL ESPECTACULO

dos, y sellarlas, según el artículo 33 del Reglamento, autorizando su empleo. Respecto a la Plaza de las Ventas, mi misión estriba en guardar las varas —después de la corrida— en un armario, para que sean objeto de pura conservación, entregando la llave del armario a la autoridad competente hasta diez minutos antes de la corrida. En la Plaza, el cajón que contiene las varas tiene que ser acondicionado, en mi presencia, en la parte derecha del callejón de la puerta de salida de las cuadrillas. Y vigilar que, una vez montadas las puyas en las varas por los picadores, éstas tienen las dimensiones reglamentarias, como igualmente las banderillas y los arponcillos de éstas.

—¿Qué número de puyas es el obligado para corridas de toros?

—Para las corridas de seis toros se llevan dieciocho puyas, veinticuatro para las de ocho y doce para aquellos festejos en los que se lidien cuatro toros.

—Y ya que por sus manos han pasado todas las puyas que se emplean en España, ¿qué número de ellas se emplean en una temporada?

—Aproximadamente, unas cinco mil.

—Este servicio, ¿quién lo contrata?

—La Empresa, al contratar los caballos de pica, tiene



El Rizado, en su charria para EL RUEDO, cuenta algunos pormenores de la Fiesta por dentro, y que deben conocer todos los aficionados (Fotos Manzano)



Juan Gómez, con su capa parda y el sombrero ancho, el único que nace mucho tiempo se ve por las calles madrilenas

el derecho de recibir, junto a todos los servicios del mismo, la caja de puyas.

—Y aparte de esta misión, ¿qué otra tiene?

—Aparte de asistir, en unión del representante de los ganaderos, al sellado de puyas y precontado de cajas, en el Sindicato Nacional de Ganadería, los días de corrida, por la mañana, tengo que revisar el suelo de la Plaza y ver si existe en él hoyos o piedras que puedan lastimar a los lidiadores; revisión de los caballos que hayan de utilizarse en la corrida y ver si están reconocidos por los veterinarios, para lo cual han de llevar un precinto de color rojo al cuello, e impedir que salgan al ruedo los que no vayan en estas condiciones; reconocimiento de petos, para que éstos reúnan las condiciones que estipulan las Memorias que obran en la Dirección General de Seguridad, y el peso reglamentario; apertura, en mi presencia y ante la de las autoridades gubernativas, de las cajas de puyas, las cuales, como he dicho antes, tienen que ajustarse a lo que marca el Reglamento; revisar los carnets de aquellos toreros para mí desconocidos en la profesión e impedir su actuación en la corrida, caso de no estar sindicados, y, por último, durante el apartado de los toros, velar por que los mayores no arrojen piedras a los mismos, principalmente a la cara y pitones, por ser eso perjudicial a los toreros que tienen que lidiarlos, según el artículo 33.

—¿Qué número de caballos se exige por corrida?

—Veinticuatro para las corridas de toros y veinte para las novilladas.

—¿Cuál es el peso de los petos?

—Con herrajes, es de quince kilos, el máximo.

El Rizado me miró largamente. Y en un tono suave, me dijo:

—Son pequeños detalles, que no todos conocen. Y que debían conocerlos, porque tienen su importancia en la fiesta.

—Es cierto. Pero ahora, cuando el lector lea sus declaraciones, se enterará de algo para él desconocido.

—Es que el aficionado —señaló— debe saber de todo. Por lo menos, el aficionado bueno.

Juan Gómez, con medio siglo de solera taurina sobre sus hombros, cubierta su cabeza blanca con el sombrero ancho —el único que lo lleva en Madrid—, nos recordaba tiempos mejores. Su estampa tenía señorío.

CRUZ ERNESTO FRANQUET



Curro Caro, vicepresidente actual del Montepío de Toreros (Ftos Manzano)

La Asociación Benéfica de Auxilios Mutuos de Toreros y su Montepío ya tienen los hombres que han de regirlas en el futuro. Para continuar la labor de quien la fundó y supo encauzarla por el camino benéfico con que fué ideada por el diestro Ricardo Torres, Bombita. Los treinta y siete años que lleva de existencia ha sido plazo para encauzar la gran obra de Bombita, y los actuales, como aquellos otros que dirigieron la Asociación de Toreros, vienen con el entusiasmo y proyectos que requiere constantemente una gran obra.

Lo que nos legó Bombita es motivo de admiración en las nuevas figuras. Y ellos, con su apoyo económico, y otros, igualmente en activo, con su trabajo al frente de la Directiva, se preocupan de mejorar cuanto requieren los presentes momentos.

Un caso, que no se había dado aún en la vida próspera y larga del Montepío, se ha dado al comenzar el presente año. El presidente no es español.

Y por su nacionalidad, trayéndose que sería incompatible, se combatió recientemente la votación que proclamó a Carlos Arruza presidente de una Asociación española de toreros. En la semana pasada se verificó la elección definitiva para presidente y demás integrantes de la Junta que dirigirá la Asociación.

La historia del Montepío es conocida de todos. Como igualmente la misión a realizar, los fines para que fué creada.

Hoy, cuando todo son proyectos y se habla sin freno sobre las innovaciones que pudiera sufrir la fiesta en la próxima temporada que comenzará en breve, el Montepío se siente ligado a ello. Vive de las corridas organizadas, y si los espectáculos son inferiores al año anterior en cuanto a número, la caja de esta admirable institución, orgullo y modelo de obra benéfica, podría resentirse, siempre en perjuicio de las figuras modestas: Los que por carecer de medios económicos encuentran un consuelo a su desgracia al verse asistidos.



CURRO CARO, Vicepresidente de la Asociación Benéfica de Toreros, habla de los problemas que abordará la nueva Junta

Esta es la preocupación de quienes acaban de hacerse cargo del Montepío.

Ausente, como se sabe, Carlos Arruza, presidente, Curro Caro es quien asume el cargo, como vicepresidente de la institución.

El madrileño, por su larga experiencia en el toreo, ha de encauzar con acierto los primeros problemas. Hasta que Carlos Arruza, al regreso de su excursión artística por el Extranjero, se posesione del cargo.

Po hoy, e espe de que comiencen las corridas, existen proyectos. Que de hacerse realidad, redundarían en beneficio de todos los que viven del toro.



El torero madrileño posa para nuestra revista

Curro Caro, luchador infatigable en sus doce años de matador de toros, es un gran elemento en la Directiva del Montepío. Para ello, ha comenzado a elaborar un plan, ya ideado junto a Carlos Arruza y restantes compañeros de Junta hace dos meses.

Innovaciones, corrida del Montepío, mejoras en las pensiones, ingresos...

Sobre ello trabajarán, sin descanso y con el mayor entusiasmo, los nuevos componentes del Montepío, asesorados por don Carlos Caamaño.

NUEVO SANATORIO

Una de las primeras obras a realizar es la del Sanatorio. El combatido caserón de las Ventas

Está en estudio aumentar la pensiones de veje e inutilidad



que hoy reclama un local con arreglo a las necesidades actuales.

Curro Caro, al hablar sobre este punto, aborda la cuestión en los siguientes términos:

—Vamos de lleno a abordar esta perentoria necesidad. Hoy los peores requieren un local amplio, higiénico, dotado de los mayores adelantos que tanto influyen en la curación de las heridas. Siempre sobre la base de hacerlo en un sitio apropiado, higiénico. Sin ruidos.

El actual no está mal. Pero resulta ya insuficiente por los ruidos y el exceso de población de que está adolecido.

LA CORRIDA DEL MONTEPIO

Segundo tema. Quizá el más interesante de los que...



Junto a las carteleras del cine, Curro busca el programa interesante

Construcción de un nuevo Sanatorio, una corrida con las mejores figuras y festejos en las principales Plazas

Desde Bombita, fué Marcial el elemento más destacado en el trabajo por la entidad



un... a la... motivarán una atención... de por parte de la nue... l... De ella se nutre... abor... Caja, y las pensiones... sig... ser repartidas por... ingreso del anual festejo.
leno... Abordaréis este año... ntor... organización?
os pe... He de aclararte que es... local... personal del presiden... dotad... como parte interesa... anton... puedo anticiparte que... n la... año recobrará el éxito... aceri... otros años. Un gran acon... miento, con la participación de las mejores figuras... iciente... cartel que responda a los fines benéficos; pero el pen... e esta... firme de que resulte gratis.
—Con la participación de Arruza?
—Es el más interesado en que el Montepío recupere... nango que merece, si todos le prestamos el apoyo a que... mos obligados.
—No pensáis en otras corridas por provincias?

—Intenciones tenemos de buscar por todos los medios los mayores ingresos. Una, cuesta mucho trabajo llevarla a cabo. Y hasta se ha dado el caso de no poder celebrarla un año por pequeneces, que perjudican los intereses de todos. No siempre tiene la organización el éxito que se busca... y fallan los intentos. Sí que aspiramos a celebrar otras más... Pero esto es un proyecto ahora. La nueva Directiva tiende a celebrar una en las principales Plazas.

Forma de llevar a cabo las aspiraciones de Arruza, que por su cariño, simpatía y desprendimiento puede alcanzarlo.

VEJEZ E INUTILIDAD

—¿Qué innovaciones piensan introducir en las pensiones?



El buen torero madrileño, que ha hecho declaraciones para EL RUEDO

—Mejoras sobre las actuales. Este —dijo el vicepresidente— es otro de los problemas que nos preocupan. Tendemos a aumentarlas, dentro de las posibilidades económicas.

—Pero se necesita mucho dinero... En tan pocos días no se ha podido entrar de lleno en la cuestión. Porque la temporada es la que sirve de guía, a medida de los ingresos y los festejos que brinde la campaña taurina de toda España. No sabemos de balances. Y hasta que llegue Arruza no se ultimarán estas ideas que tenemos en la nueva etapa de nuestro Montepío.

INGRESOS

La entidad vive supeditada a los ingresos por



El nuevo vicepresidente, durante la charla que sostuvo para EL RUEDO

corrida. Empresarios, espadas, subalternos, ganaderos... todos los que forman parte de la fiesta contribuyen, con arreglo a una escala, a sostener la Asociación Benéfica de Toreros.

Curro Caro anticipa que no habrá alteraciones en las cuotas. El reglamento interno de éstas está refrendado por una ley del Ministerio de Trabajo, que aprobó al constituirse el Montepío.

Las cuotas establecidas ingresan en la siguiente forma:

Empresas: Cantidad por corrida.

Toreros: Por actuación y categoría.

Ganaderos: Cantidad fija al año en común.

Subalternos: Por actuación y categoría, como los espadas...

Y la corrida anual.

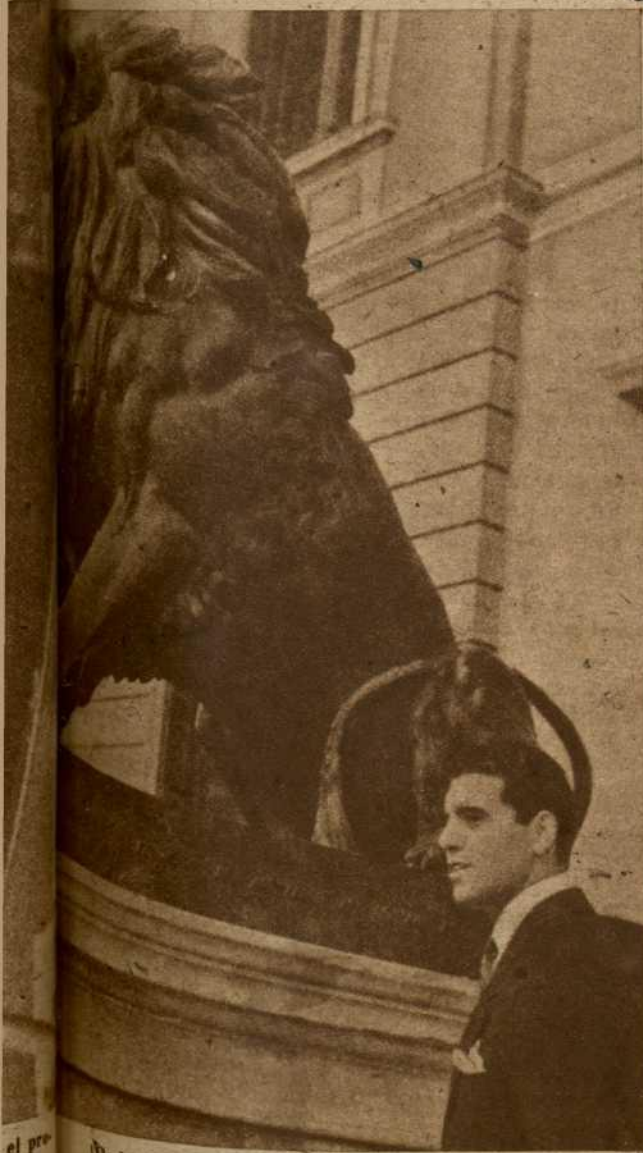
Los proyectos son inmejorables. Labor magnífica a desarrollar por unos hombres que, llevados del mejor deseo y de un cariño sin par hacia la institución, laboran por mejorar lo que recogen de otros.

Curro Caro, Rayito y restantes directivos elogiaron el trabajo de sus antiguos dirigentes, que, presididos por Marcial Lalanda, llevaron a cabo una renovación grande en los fines del Montepío.

—Desde Bombita, fundador en 1909, fué Marcial el elemento más destacado en trabajar por la Asociación. Nuestra misión es recoger todo lo realizado por nuestro antecesor para mejorarlo en lo posible, fueron las palabras finales de Francisco Caro, vicepresidente de la nueva Junta de la Asociación Benéfica de Auxilios Mutuos de Toreros.

Proyectos, todos optimistas, para que Carlos Arruza, al regreso, los apruebe y se lleven a la realidad. Los buenos deseos de Curro Caro, Atienza, Magritas, Rayito, Fernando Gago y Parrao, junto al mejicano Carlos Arruza, merecen el apoyo de todos los diestros actuales. Buscando el acierto de los discípulos de Bombita.

JOSE CARRASCO



Alado del león del Congreso, el diestro prueba su temperamento y valor

TOROS Y TOREO CAROS

He recibido un anónimo fechado en Córdoba. Inútil decir por dónde respira, lógicamente, el hombre, al que le agradezco que me haya leído tanto como le censuro el que esconda su nombre, que es lo primero que hay que echar por delante cuando se firma una cosa. Por lo menos, los que están seguros de su perfecta adecuación a su persona. Pero, en fin, esto no tiene ya la menor importancia. Poca, pero alguna más, la tiene el hombre que dice, más o menos: "¿Quiere usted dejar de hablar de lo que cobra Manolete y hablar más de toros, que es su obligación?" "A Manolete —sigue diciendo el hombre— todo el mundo le echa en cara lo que cobra, cosa que no les sucede ni ha sucedido a otros toreros, porque ustedes, la crítica, "tenéis" la culpa, porque el dinero que cobra Manolete es "sólo" para él, sin que se deje nada en las zarzas." Y por ese aire termina el luminoso documento anónimo.

Bueno. Pues usted, aunque desconocido, tiene la culpa de que saque a colación otra vez el nombre de su ilustre paisano. En rigor de verdad, yo, cronista de un periódico madrileño, y no feriante, no debo mentarlo sino para juzgar su labor en la Plaza de Madrid. Bien se alcanza que mis menciones, por desgracia, van a ser espaciadas y no acordadas con quien ocupa el primer lugar de la torería. Así que alguna ocasión habrá que coger por los cabellos para sacar a colación su nombre. Ahora, el anónimo de su entusiasta me la proporciona para congratularme de sus triunfos en Méjico, en donde, como uno preveía, no hay quien se ponga a su hombro siquiera. Al César lo que es del César. Pero, siguiendo con la ocasión de mencionarlo, porque a lo mejor no la hay en muchos meses en la Plaza de las Ventas, las demás arremetidas del cordobés —de ese que no firma— son del género bufo. ¿Por qué no se va a hablar de lo que cobra Manolete? ¿Es que a la hora de hablar sobre el problema, desgraciadamente candente, del toreo, el económico, vamos a analizar el encarecimiento que han traído para la fiesta los honorarios del novillero Escobita o los del matador que se ha vestido dos tardes?

Por lo demás, el destino de las ganancias de Manolete me tiene tan sin cuidado como el de las de doña Manolita de Pablo, a cuyos pies deposito todos mis respetos, y a veces también mis esperanzas. Es más: celebro que las goce en absoluta soledad, que es buena técnica que le deseamos consecuente



para el futuro, aunque, a lo mejor, coincidimos en que la conducta, loabilísima, tiene una atractiva novedad. No, si por ahí es por donde se admira a Manolete sin reservas, si es cierta la especie, y la desearía extensible a todos los coletudos. Pero todo esto, una vez sentado, no merece mayor comentario.

Si el consejo que me da para que hable de los toros, que es mi obligación. En primer término, uno no va a hablar de una cosa fantasmal e inexistente. ¿Creen ustedes que a la mayoría de los animales lidiados en la pasada temporada se les puede llamar toros? Ni su edad, ni su trapío, ni sus defensas, ni su bravura —que no su docilidad—, autorizan al comentario. Si la definición de toro correspondiese a "semoviente astado, de edad incierta, que acude al engaño y muere a estoque en presencia pública", podíamos seguir la broma y hablar de toros. Pero uno habla de otra cosa. Algunos, pocos, han salido en la temporada, muy sueltos, desperdigados y repudiados por el que tenía el más ligero poder, cuando no por los de los máximos títulos. Luego, la temporada del 46 está a la vuelta, y los ganaderos se colocan en augures de peores desastres. Los toros van a ser peores —¿cómo?— y van a costar más caros. Los ganaderos dicen que no hay toros —esto bien lo sabe-



mos—; pero con relación a los de la temporada pasada. No se "hace" una corrida y no se "hace" un precio. ¿A que va uno a hacer el indio hablando de toros? Se especula con la amenaza de la suspensión temporal para que la afición, atemorizada, peche con lo que le sirvan. Toros no hay, ni puede haber, por la sencilla razón de que el pasado año se han esquilado las dehesas y se han vendido los novillos y los utrerros para corridas —cincuenta y tantas más que en el 44—, sin mucha abundancia de piensos. Esto, que hubiera sido cosa reme-

diable con reducir en un tercio el número de corridas del 45, se ha hecho problema pavoroso en función del insensato aumento. No hay toros, y ahora se buscan los sucedáneos, que habrán de ser más débiles que hace un año. Y si esta temporada, a igual disponibilidad de piensos, se torearán cincuenta corridas más, a la que viene van a encajonarse los toros (?) desde el vientre de las vacas. Con la edad del ganado para corridas en cinco años, aun habría margen. Con la de cuatro escasos, tres temporadas, unido a que sólo entran en juego ganaderías potables, agotan el género y las posibilidades.

¿Que se hable de toros? ¿Dónde están? Decir que van a salir toros es una exageración optimista. ¿Que se hable de toreo? Yo, para hablar de eso, necesito siempre la consideración del enemigo, como mitad básica e inescamoteable. He aquí otro gran problema de la fiesta en el momento presente. Que se hable, con grandes visos de realidad, de que va a sufrir un aumento de precio, en tal momento, es algo que irrita profundamente. No se comprende, si no es por el afán de rebatía y arrebatapapas que se apodera de los humanos, ante un desastre inminente, cómo lo de los precios y la existencia de ganado tienen un sistema de balancín sólo en un sentido: que a más precio, menos ganado.

Y podemos hablar de toreo bajo ese prisma cuando se quiera y cuanto se apetezca. Todo el toreo de la época, en que hay muy buenos toreros, magníficos toreros, viene en entredicho por las condiciones del ganado ante el que se desarrolla. No se puede establecer un nivel cuando el único punto de comparación fije es cambiante y descendente. Yo, en justicia, no puedo compartir sin reservas la opinión de que se torea como nunca, con relación al Belmonte que he visto.



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

CUATRO FIGURAS

HA sido cosa de siempre el que los intelectuales y los toreros hayan sido amigos. Unos y otros se han buscado en todas las épocas. Y si unos se sentían honrados por el trato de hombres que llegaron a la popularidad manejando su masa gris, éstos no eran menos felices de salir a la calle y lucirse junto al héroe de la última corrida, al lado del hombre que se juega la vida una tardé tras otra.

Hoy ha sido a Manolete a quien los literatos más salientes del momento han dado un homenaje; ayer fué a Belmonte al que llevaban y traían, y unos años antes era al Guerra.

Coletudos, gente de pluma y de otras manifestaciones artísticas han ido del brazo en todas las épocas. Desde que el primer espada se volcó sobre el morrillo de un toro y echó a éste patas arriba, el arte en general buscó al otro artista que nació y lo llevó a su seno y lo mimó y se lo enseñó al mundo.

Hoy, en nuestra fotografía acostumbrada, damos una prueba de esta amistad. Juntas aparecen cuatro figuras: dos de la

torería y dos de la intelectualidad; Mazzantini y Guerrita, Natalio Rivas y Mariano Benlliure. Se han retratado en Granada, el año 1914, en el local de la Cofradía llamada La Oración de la Tarde. Los dos toreros habían ido a la ciudad andaluza a asesorar una corrida que torearon los hermanos Gallo, y que era a beneficio de la Asociación de la Prensa granadina.

Pero no importa en realidad a qué y por qué fueron. Lo que interesa es el grupo que forman, y que no ha sido hecho al azar. A los cuatro les une una fuerte amistad. Don Natalio Rivas era, para Mazzantini, según el propio torero, algo así como un padre. Y en cuanto a los otros, algo parecido acontecía.

Y es que, de siempre, unos y otros se han buscado, quizá detrás, cada cual lo que le faltaba para completarse.

Aquéllos, el valor, y éstos, la sabiduría.

Y unos y otros, con su arte y su popularidad, le han unido del brazo y así seguirá caminando por todos los tiempos: los pasados, los presentes y los futuros.

Toreros e intelectuales



JOSE BAYARD, BADILA



NACIO José Bayard en Tortosa, el 19 de marzo de 1858. A lo largo de su vida, fué criado de Frascuelo, picador, monosabio, mozo de espadas, cantante, actor y rejoneador. Mató becerros, banderilleó a caballo y a pie, alanceó toros y puede decirse que ejecutó todas las suertes del torero al uso en su época.

Desde muy niño vivió en Madrid. Su padre, francés, era muy amigo del picador Francisco Calderón, con el que sostenía muy frecuentes conversaciones sobre el arte de lidiar toros, conversaciones que eran escuchadas con gran complacencia por José. Por otra parte, visitaba con frecuencia en el cuartel a un pariente suyo militar y ello le proporcionaba ocasiones de presenciar los ejercicios que los soldados hacían a caballo. Sin duda, una y otra cosa influyeron en el ánimo de José.

Por Calderón conoce a Frascuelo, al que, en 1876, pasa a servir como criado. El padre de José ruega a Salvador que ayude a su hijo, y el granadino re-

comienda al muchacho a Gonzalo Mora, quien le lleva en su cuadrilla. Bayard se apoda entonces Brazo de hierro; pero cierto día, le ve Mora triste y abatido, y le dice: "Vamos, hombre, di algo; estás tan callado, que parece que te tragaste el rabo de la badila". Y desde entonces, quéralo o no José, es ya Badila para todos. El 5 de noviembre de 1876 se presenta en Madrid, en corrida en la que alternan Felipe García y Angel Pastor. Pone una sola vara y ya se hace notar por su buen estilo; por ello, desde entonces, actúa con frecuencia en Madrid. Pica mucho en novilladas, y va como suplente en la cuadrilla de Angel Pastor, sin dejar por ello de servir a Frascuelo. El 15 de abril de 1877, cuando como mozo de espadas de Frascuelo, estaba en el callejón del ruedo de Madrid, fué herido Salvador de gravedad por el toro Guindaletto, Badila saltó a la arena, y, ante los mismos hocicos del toro, recogió a Frascuelo y lo apartó del peligro. Frascuelo, en premio, redimió a Badila del servicio militar.

Como suplente, pica en algunas corridas que torea Frascuelo, Valdemoro, Angel Pastor y Felipe García. El 26 de enero de 1878 actúa por primera vez en Madrid, en corrida formal, y pone cuatro varas al toro Lucerito, de Miura.

Frascuelo y Calderón ayudan a Badila, y éste se va haciendo un buen picador. El 1 de junio de 1869 toma la alternativa de picador de toros, en Madrid, picando en tanda con Calderón. No tiene puesto en ninguna cuadrilla, pero actúa más que muchos picadores de plantilla. En 1881 ingresa en la cuadrilla de Angel Pastor, y va de compañero con Agujetas hasta finalizada la temporada de 1883. El 18 de diciembre de 1889 rejoneó, muleteó y mató un becerro de tres años, de la ganadería de Juan Moreno, en un festival benéfico. Al finalizar este año, marcha con Luis Mazzantini, novillero aún, a Montevideo. Con Mazzantini va a La Habana, Méjico y de nuevo a Montevideo.

El 12 de mayo de 1890, día de la despedida de Frascuelo, pica Badila los seis toros de Veragua, y al cuarto lo para a caballo. Aquel mismo año quiso banderillear a pie en París, y gracias a Lagartijo, que le hizo el quite, salió con bien del lance. Al acabar aquella temporada se separó de Mazzantini y toreó suelto. El 16 de junio de 1892, después de sufrir una aparatosa caída, toreó al alimón con Fabrilo. El 1 de abril de 1893 actuó como monosabio en Lorca, en la corrida en la que resultó herido mortalmente el banderillero El Morenito. En 1896 picó a las órdenes de Falco y Minuto. En 1897 ingresó en la cuadrilla del Algabeno, y el 19 de mayo de 1901 picó, por última vez, a las órdenes de José García. En 1902 ingresa en la cuadrilla de Rerverte, y con él va a Méjico. En 1904 va con Antonio Montes, y en 1905 actúa como reserva en la Plaza de Madrid, hasta el 24 de septiembre, que picó por última vez.

En la mañana del 28 de febrero de 1906 se le encontró muerto, a consecuencia de una conmoción cerebral, en su domicilio de la calle de St. Silva, de Madrid.

LOS AMIGOS DE MAZZANTINI



Don Natalio Rivas

ENFERMO de sillón, y no de cama, el paciente dormita en una tregua piadosa de su mal. Su espíritu ha caído en la niebla de un sueño. Y como suele ocurrir que el alma

... en ese extraño estado fantástico, guión intercalado entre la eternidad y entre la vida...

se evade de lo real, crudo y amargo, con su vuelo de mariposa (psiquis) en busca de mundos interiores, propicios a la grata ensoñación, he aquí que el doliente, en un sopor indefinible, sueña con su juventud contra su vejez, con su salud contra su mal, con su fortuna contra su miseria, con su vida contra su muerte y con su mentira contra su verdad. Con los materiales del propio dolor hace leña y levanta una hoguera. Y al resplandor de la llama, todo un pasado fascinador recobra sus colores y perfles en la mesa revuelta de imágenes cruzadas e indecisas. Dice-se que cuando el ánima se desgaja de su prisión corporal, preséntase ante ella, como en una película inmanente, el esquema relampagueante

de la vida vivida, gozada y sufrida. En esa llamarada fantasmal, los muertos viven y hablamos con ellos. No se da el caso de que en el mundo de los sueños desaparezcan de la vida los seres amados.

Las venturas preteritas mecen nuestro ser dormido en la pantalla quimérica. La fantasmagoría de la ensoñación es así más poderosa que el dolor y la muerte. ¿Con qué sueña este moribundo postrado en un sillón en esta mañana de abril de 1926? Sueña con una vida fastuosa, vibrante, rica en placeres; sueña con la exaltación de la gloria popular, con la fortuna, con la fama, y también sueña con una mujer que en el trasmundo le presenta una trenza de pelo enlazada en la muñeca. Esta sombra produce un movimiento leve en su torso, hundido entre almohadas, y el movimiento, un estado de profunda asistolia, que le hace despertar...

Su hermana y enfermera acude. Con manos como palomas cuidadosas arregla y ordena las almohadas. Recoge la manta, semicaída, que deja ver las piernas, enormemente hinchadas, y la coloca de nuevo sobre las rodillas. Abre el balcón, y la luz del nuevo día baña la faz del paciente. ¿Qué piensa el enfermo? Piensa que aquella luz es la última que ven sus ojos. Su hermana llegase a él, y como suda a raudales, le enjuga el sudor con un pañuelo. En los ojos del doliente hay una súplica. ¿Qué quiere? Su hermana lo sabe, y una violencia interior se le resiste. El enfermo le había pedido la vispera un espejo para mirarse. Y ella no quiso que se viera en tal estado... Entonces, la pobre mujer, entre dos males, elige el menor y pone ante el rostro del moribundo un espejo de mano...

El enfermo se mira con el espanto de reconocerse... Aquel hombre de ojos desorbitados, de chapetas violáceas en la lívida piel tumefacta, de estertores roncós y profundos, ¿es él, él mismo? No puede comprenderlo... Aquel desconocido, espejo de la vida, cuyas yugulares ve latir en el espejo, ¿es el atleta recio y hermoso, el ídolo de las muchedumbres, que un día encadenara a su carro la riqueza y la gloria popular? ¿Es aquél, en suma, el triunfador envidiado por los hombres y amado por las mujeres, que se llamó en el mundo Luis Mazzantini?

Con trabajo lo cree y con dolor lo admite. Por no verlo quiere cerrar los ojos y no puede lograrlo, por la cruel insuficiencia del corazón. Sí; aquél es Luis Mazzantini, que muere en un cuarto modesto de la calle Carranza, número 10, y muere en la soledad, abandonado y septuagenario, con sus últimos días acibarados por angustias económicas...

¿Qué diferencia de cuando era semidiós de la torería, empresario y ganadero, y prodigaba favores, y era adulado hasta la bajeza por los mismos que ahora le vuelven la espalda! Este sentimiento de íntima amargura le hace decir a su hermana Concha, aun a trueque de una depresión infinita:

—Sólo dos personas en el mundo quiero que den tierra a mi cadáver: don Simón Núñez Maturana y don Natalio Rivas. Nadie más.

Yo no he cruzado ni saludo ni palabra con don Simón Núñez Maturana e ignoro los motivos de la devoción de Mazzantini a este elegido de su amistad para el último adiós sobre la tierra. Pero, en cambio, conozco a don Natalio Rivas, a quien debo esta anécdota, y de la intimidad de su tertulia recuerdo dos datos reveladores.

Un día, en la biblioteca de nuestro amigo, dije a Mazzantini:

—Gran amigo de usted es don Natalio.

Y Mazzantini, conmovido, me contestó:

—¡Más que amigo, es mi padre!

Otro día vi a Mazzantini besar en la frente a don Natalio, con visible emoción. Cuando nos quedamos solos me dijo don Natalio:

—Siempre hace lo mismo.

No es difícil adivinar en esta muda veneración cuáles eran los lazos que unían al torero sin-ventura con aquel que llamaba su padre.

¡Dos hombres! ¡Dos amigos! Tal fué el reducidísimo cortejo del entierro de Mazzantini, si exceptuamos alguien más de su familia. Y cuenta Natalio Rivas que, llegado el momento de dar tierra al cadáver, vieron venir hacia ellos, renqueando y a grandes zancadas, un hombre con el rostro crispado de dolor. Era Pepe el Largo, picador que fué de la cuadrilla de Mazzantini, que, enterado por azar, llegaba a tiempo de verter, sobre el cuerpo helado de su matador, una lágrima del alma...

**Muy antiguo
y muy moderno...**

Un coñac de
ayer para el
gusto de hoy.





VALDESPINO

JEREZ

La leyenda negra de Antonio Fuentes...

TO EZO QUE CUENTAN LOS PAPELES ES UNA MENTIRA MAS GRANDE QUE LA GIRARDA — DIJO SU HERMANO ENRIQUE

MAÑANA zale, zale mañana! Este es el gracioso pregon con que Enrique Fuentes puebla los ámbitos del antiguo café Lyon D'Or. Ahora, con la cabeza argentada de canas y las espaldas combadas por el peso de sus muchos años, el hermano y banderillero de aquel gran espada que se llamó Antonio Fuentes pasea la ruina de un señorío remoto. Es cerillero y vendedor de décimos de lotería en el popular café, cuartel general de joyeros y autores, cómicos y toreros.

Una nutrida baraja de revistas de toros de España y América pasa de mano en mano por las tertulias. En uno de los periódicos se desgrana una vez más la leyenda negra de Antonio Fuentes, el gran señor de La Coronela, y su supuesta concomitancia con Francisco Ríos González, el campesino bravo y cruel que estremeció de terror a Andalucía con el remoque de El Pernal. En la bien perfeñada pieza literaria se habla del proteccionismo y la amistad que el célebre diestro dispensó al bandido nacido en Estepa, de la noche aquella en que se celebraba una fiesta magna en La Coronela, refulgente de cal bajo los rayos de plata de la luna, y se presentó el Pernal, a quien Fuentes sentó a la mesa como un comensal más. Se habla y comenta, en fin, del afecto entre el torero y el forajido, de los deseos que éste mostró al espada de abandonar su vida de fechorías y la ayuda que le pidió para marcharse a América, siguiendo la estela de aquel otro jayán de pelo en pecho, el Vivillo...

Enrique Fuentes llega con sigilo hasta nosotros, sorprende con sus ojillos vivarachos lo que en el periódico se dice de su hermano y grita con extraña frescura juvenil:

—Ezo, tó ezo que disen los papeles es una mentira más grande que la Girarda.

Y Enrique Fuentes asegura decir verdad, toda la verdad de la gran mentira de esa leyenda que ha quedado

aprisionada para siempre en los romances de ganancia y en los relatos de cortijo andaluz, mientras se adoba el gazpacho o se filosofa al a-nor fogaril. La circunstancia viene como anillo al dedo para el reportero. Porque ya va siendo hora de que toda esa trama, que por unos y otros se viene arrastrando de antiguo, sea filtrada y analizada, para despojarla de cuanto tiene de hiperbólico o novelesco. Al historiador sin escrúpulo retrospectivo le halaga sobremedera cuanto rodea a los personajes legendarios. Pero antes de dar rienda suelta a su fantasía, debe proceder a la depuración de las cosas que se cuentan. La limpia biografía de Fuentes no debe ser empañada por historiadores de anchas tragaderas, cuya fantasía no está mal para incorporarla al celuloide, hoy tan en boga, pero nunca para narrar una historia fiel.

Pero antes de nada, ya que de Antonio Fuentes tratamos, forzoso se hace hablar de La Coronela, de la que, el torero hizo su feudo de orgías. En ella dilapidó el capital que ganó con los toros. Allí discurrió una vida principesca y de disipación, no ya sólo del espada, sino de los individuos de su cuadrilla y de una nutrida legión de amigos. En La Coronela almorzaron políticos, nobles y personalidades ilustres. En esa finca fueron muy frecuentes las fiestas fastuosas, de lujo agresivo, monterías imborrables, a las que no desdijeron asistir figuras próceras, y diversiones costósísimas, que no desmerecían en nada a las orgánicas por los más empingorados grandes de España...

Fuentes fué a torear, de mocito, a una caeja de Marchena. Era entonces un zagal larguirucho y famélico. La caeja no se dió bien, y Fuentes, acompañado de otro torerillo, emprendió la marcha sin rumbo fijo. Abatido por la fiebre y traído de hambre, caminaba fatigosamente con el hatillo al hombro. De una torre lejana salían campanadas anunciando a víspera, con su voz sabatina. Miró a la lejanía, donde la luz se hace música,

pero no descubrió más allá del monte inmediato. Empezaba a disolverse el día. La temperatura se hacía más respirable con el desmayo del atardecer. Tropezando en socavones y helechos bravios, rasgándose las ropas en los escajos, se fué adelantando, sin rumbo preciso, por la hojazón y la espesura. Aquello se le antojaba una pequeña selva, viva de susurros misteriosos. La sombra cuajaba apresuradamente. Soplaban un viente cálido que al sacudir el bosque estremecía el alma del torerillo. Repentinamente, un algo extraño le indujo a acelerar la marcha. Quiso correr, pero no pudo. ¡Había vibrado tanto! Las fuerzas, agotadas, le negaron su colaboración. Sus piernas eran impotentes para sostener el molaje de su cuerpo. En la soledad había una expectación anhelante. La vida oía bien allí. El infeliz muchacho languidecía en su éxtasis. Las estrellas temblaban ya y hervían sobre el azul. Bajo la efigie redonda e irónica de la luna, difundió la noche su silencio. Sólo era turbada la calma por el silbido de los malvis y el canturreo monorrítmico de los grillos. El torerillo se desplomó pesadamente sobre la escamonda. La atmósfera sofocante le sumió en un sopor indefinible y, soñando con glorias futuras, esperó a que la aurora asomara a naciente.

Y en plena campiña andaluza, la albuza matinal descubrió muy cerca un blanco caserío. Era el cortijo La Coronela. Allí le dió una mujer un mendrugo de pan cobrizo, que el maletilla tomó con timidez y vergüenza. Oyó decir a los rabadanes que aquel cortijo tenía muchas chetáreas y que eran todas de un solo señorito. Fuentes se quedó atónito contemplando aquello. Al salir de su estupor, le dijo al otro torerillo que le acompañaba:

—Chiquiyo, esto es fenome-



na. Fijate cuánta maraviya y cuántas cabezas de ganado.

—Si llevo a armá el llo con los toros, o me la jase par-má un burel o gano jayeres pa comprá este cortijo.

Años más tarde, La Coronela fué de Antonio Fuentes...

Enrique Fuentes, en tono confidencial, deshace así la leyenda negra de su hermano:

—Era el año que mató un toro a Montes. Veníamos de atoreá en Méjico. Desembarcamos en Francia, y mi hermano se marchó a conocer París con su mujer. En París estaba la noche que el Pernal se presentó en el cortijo. Antonio no lo vió jamás. Ni había fiesta, ni estaba mi hermano, ni ná de ná. Pernal llegó montao en una yegua, mal enjaezá, con los estribos de cuerda, y llamó con la culata de su rifle en la puerta. Bajaron a abrirle y preguntó por Antonio. Al decirle que no estaba contestó que él era el Pernal y que necesitaba verle en seguida. Convencido de que estaba en Francia, preguntó por Romuado. Romuado era mi hermano Bardomero, encargado de tó aquello. ¡Aclarao lo de Bardomero! Pues Bardomero estaba durmiendo. Se levantó y mandó entrá a Pernal al comedío, y que a la jaca le echaran pienso con bastante cebá. Llevaba al hombro una manta vieja, botos de Córdoba con espuelas, cantimplora, navaja de muelles, un rifle, dos pistolas al cinto y una canana. Se sentó de espaldas a la puerta de entrada, con el rifle sobre las piernas, y ordenó a Bardomero que se sentara frente a él. Presente estaba también el picador Carriles. Pernal dijo que tenía hambre. A continuación se le sirvió de comé. Uno de los platos eran huevos fritos. Entonse recordó que a su compañero Niño de Arahal le habían envenenao en un cortijo comiendo huevos fritos. Bardomero y Carriles comieron de ellos pa demostrarle que no había mala fe. Pernal contó su historia. Se desgrasó con el Niño de Arahal una vé que le dieron el arto a una diligencia. Sólo querían robar. Pero el conductor, que se dió cuenta de que eran novatos, no les hizo caso. Entonse sonó un tiro... Pa huir de la justisia se echaron a la serranía. Aluego contó que él no había dañado a la gente, que se ganaba el pan trabajando. Que era admirador del arte de Antonio, al que había visto atoreá en varias Plazas. Que estaba cansao de aquella vida y que quería ir pa América, porque ya llevaba en jaque siete años a una compañía de sivil. Enseñó un retrato de Antonio que llevaba pegao al dorso de un espejillo que usaba pa afeitarse. También llevaba al cuello una crú y un escapulario. Después pidió que fueran a Los Ojuelos por la Prensa pa vé qué desían de él los papeles. Y cuando estaba en ezo, se presenta el apearor y dice: «Bardomero: abajo está la pareja de ronda de la Guardia sivil y pregunta si hay noveá». Pernal miró a mi hermano con aquellos ojos que tenía de alimaña y echó mano del rifle. Bardomero se quedó pegao. Entonse dijo Pernal: «Lile a los sivil que aquí está el Pernal». Mi hermano se asustó mucho y ordenó al apearor: «Dile que no hay noveá y que Dió sea en su compañía». Pernal se echó a reír a e reñadas, enseñando unos dientes de lebre. ¡Qué tío! Al marcharse le pidió a mi hermano: «Ahora vas a mandá a desí a la Guardia sivil de Marchena que he estao aquí. No quiero que se enteren y vayas a tené una esaborisión con los del tricordio». Bardomero le dió una manta nueva y le ofreció 500 pesetas, pues Pernal andaba apurao de dinero. Este las rechazó, pero al montarse en la jaca Bardomero se las metió en uno de los botos. Y ya no se

Enrique Fuentes, con su feliz memoria, ha traído a la charla ecos de la aureola siniestra del célebre bandido de hace cuarenta años: De súbito, se apaga la chispa de la añoranza y, apretujando nervioso los décimos de lotería, vuelve a oírse en el café:

—¡Mañana zale, zale mañana...!

AGUSTIN ALVAREZ TORAL



Antonio Fuentes, el popular torero, en su finca

APODERADOS FAMOSOS

Don Manuel Pineda consagró toda su vida al servicio de Joselito

CINCO AÑOS CONTABA GALLITO CUANDO SUFRIO SU PRIMERA COGIDA

HABLA en la vida de don Manuel Pineda una sombra que, como la suya al cuerpo, le acompañaba acogida a su persona.

Aquella sombra, aquella vida, se marchó de su lado dejándole desamparado en su camino, desarraigado de la existencia, como si José Gómez Gallito, hubiera sido su razón de ser y el lazo que, además de ligarle con el porvenir, justificase su pasado.

Cuando sucedió la tragedia de Talavera, don Manuel Pineda, único apoderado que tuvo el hijo de la "señá Gabriela", llegó a creer que allí se había acabado el motivo de su vida.

Desde entonces, hasta ha pocos meses que un pequeño grupo de amigos le acompañamos a su última morada, Pineda pasó por todos los dolores. Conoció el agudo dolor de no haber podido impedir la consumación del óbito dramático e inútil, el dolor sin mengua del amigo perdido, el dolor anonadador de sentirse solo y olvidado, singularmente por aquellos entre quienes supo siempre hacer el bien sin tregua ni descanso.

Su ambición no fué la de intentar compartir la inmortalidad del torero ni la de soñar con que su nombre perdurase en el recuerdo de las gentes.

En la última época de su vida, el pobre Manolito Pineda se había como desprendido de sí mismo, se había deshecho de cuanto pudiera parecer ambición personal, para colocarla en aquello que, siendo consustancial con él, creía sobrevivirse, más como una obligación que como un orgullo.

Y desde el fatídico 16 de mayo de 1920, Pineda vivió calladamente, arrastrándose de puntillas por la vida, intentando ocultar una recatada pobreza y evidenciando en todo momento la inagotable bondad de los grandes corazones.

Jamás especuló con las mieles de la popularidad de Joselito ni industrializó su papel de mentor y consejero, ni mucho menos se vió impulsado a cometer la menor felonía. En sus últimos tiempos aun llegué a disfrutar de su pródiga amistad. Sin fuerzas ni ganas para concurrir a las tertulias taurinas, solía



Don Manuel Pineda

acudir muchas tardes al domicilio de don Manuel Bienvenida. Luego se refugiaba en la oficina de unos amigos y vecinos suyos hasta la hora de cenar.

Un día me llamó para que le acompañara. Fué a raíz de la publicación del número de esta revista dedicado exclusivamente a la memoria de Joselito. Pineda, siempre caballeresco y agradecido, quiso testimoniar su gratitud a nuestro malogrado don Manuel Fernández Cuesta.

¡Bien ajenos estaban ambos de que con muy breve intervalo habían de abandonar este mundo! Don Manuel, abandonando por unos momentos su incansable labor, hizo sentar a Pineda cerca de sí y asiendo a relucir

su fervor "gallista" de toda la vida empezó a hacerle preguntas y a inquirir detalles poco conocidos de la vida del portento de Gelves.

Recuerdo que Pineda, con ira mal reprimida, censuró a aquellos que habían menospreciado las excelentes cualidades de Joselito como finete y garrochista. Según su ex apoderado, fueron muy pocos los que le superaron con la garrocha en la mano en aquella época.

Como nota curiosa citó que Joselito, que en toda su vida no recibió más allá de cinco cogidas —incluyendo la mortal de Talavera—, sufriera la primera cuando escasamente contaba cinco años. De la mano de su tío Manuel Ortega entró en un corral donde había un becerrete, y con una muletilla dió tres o cuatro pases hasta que el becerro le entrampilló y le propinó un mayúsculo revolcón.

Luego, Manolito Pineda impugnó el que se hubiera motejado a su torero de haber sido un mediocre estoqueador. Y en apoyo de su ardorosa defensa nos refirió la siguiente anécdota, de la que él mismo había sido testigo presencial.

Toreaba una tarde en Quintanar de la Orden con los hermanos Martín Vázquez. La corrida transcurría felizmente, cuando al salir el cuarto toro se inició un torrencial diluvio, por lo que los picadores se retiraron al patio de caballos mientras los lidiadores de a pie se arrebujaban en sus capotes.

Como el tiempo pasaba y ya al toro le llegaba el agua a la barriga, llamó el presidente a José para preguntarle que hacían en aquel trance. Joselito fué de parecer de que se retirara el toro. Se intentó hacer —por falta de cabestros— soltando los otros dos toros por lidiar, pero así como éstos tomaron el camino de los toriles, el otro continuó clavado en el centro del ruedo.

—Oye, Curro —dijo Joselito, dirigiéndose al mayor de los Vázquez—, a mí me da mucha lástima esta gente de Quintanar, que habiéndose gastado seis pesetas por vernos, ahora se van a quedar con la miel en los labios, y se me ha ocurrido que me dejaras matar tu toro.

—Hombre, si te atreves... —contestó Curro—; pero observa que ni lo han picado, ni siquiera toreado, así como *arrepara* que no tenemos aquí ningún submarino para ir en tu auxilio.

—No importa; y sin más preámbulos, cogió un capote y una espada, e invitó a Vázquez y a Cantimplas que saltaran con él al ruedo. Una vez Joselito en el tercio, colocó a Curro separado unos metros de él y mandó al peón que tirara un capotazo al bicho. Este se arrancó a gran velocidad, y al ver al maestro que le desafiaba con el capote se desvió hacia él. José le esperó, le dió la salida, al tiempo que le atizaba una gran estocada, haciendo innecesario el que Martín Vázquez entrara al quite.

Y es que Gallito, además de superar lo que hacían los demás toreros, existía en él la sorpresa de lo inesperado.

Por algo un Guerrita, tan poco dado a la hipérbole, hubo de decir, hablando de los hermanos Gallos, que "sólo veries *¡asé* el paséillo valía dinero".

Porque Joselito era un torero impar, del que los aficionados tendrán siempre recuerdo.

El de ser el mejor torero que hasta la fecha pisó los ruedos.

F. MENDO

ACEYTE YNGLES



PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. S. 100



¡Para la SOMBRA y el SOL!

CADA SIETE DIAS
UNA VARA

LOS TOROS Y LAS MUJERES

PARECE ser que se anda tras de la autorización para que las rejoneadoras echen pie a tierra y maten a estoque a su enemigo.

Aun no sabemos nada de si la idea será bien acogida o no. Si se autorizará la cosa o todo quedará como hasta la fecha.

Pero si pensamos detenidamente en el asunto, va a resultar —si es que esto se lleva a cabo— que estas señoritas van a ser las encargadas de terminar de una vez con lo que le viene aconteciendo a la fiesta nacional.

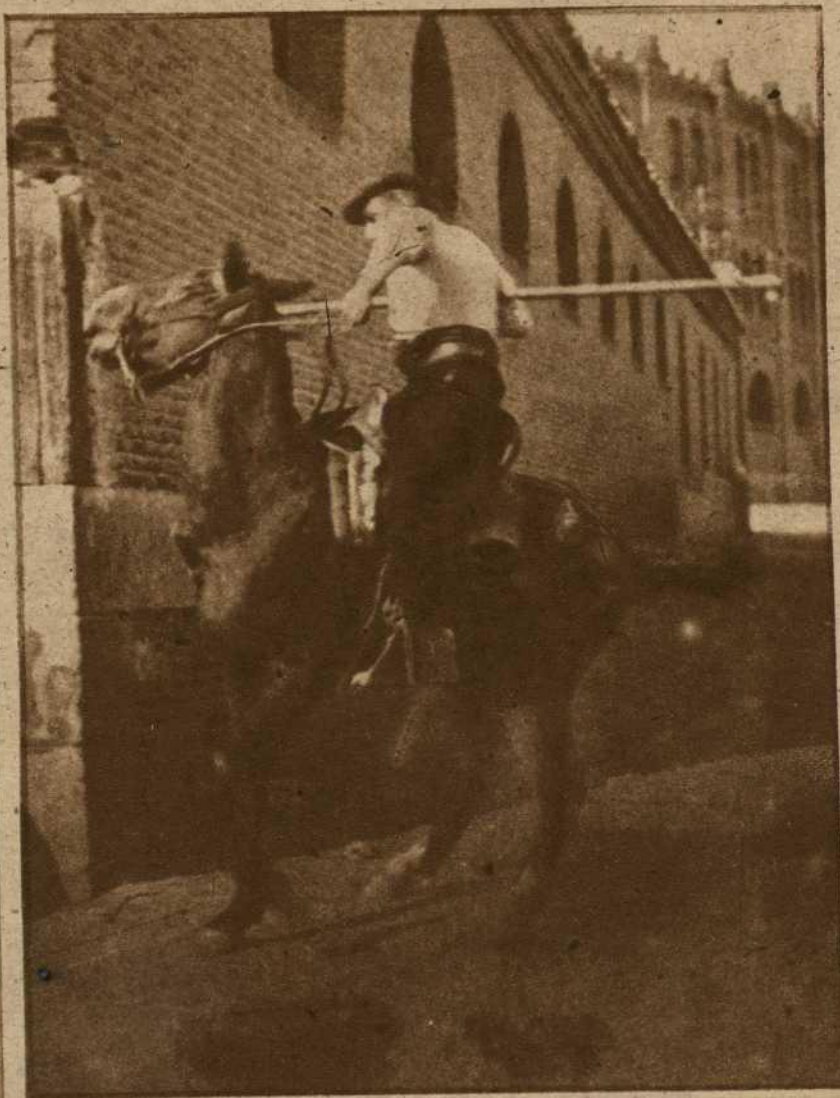
Porque si las rejoneadoras matan, pie a tierra, los bichos que vienen hasta la fecha toreando a caballo, los toreros van a quedar en evidencia.

Porque el público no tendrá más remedio que hacer la comparación.

Y entonces, o los toreros se dedican a las charlotadas, o tienen que volver a matar los toros que dicen —los que de esto mucho saben— que mataba Frascuelo.

¡Y que pesaban lo suyo!

LA VICTIMA



Era aún en los tiempos en que los caballos no gastaban peto. Es decir, cuando estas pobres bestias morían en el ruedo como chinches. Salían, esperaban al toro, subían por los aires y caían despanzurradas. Pero no era esto lo malo. El procedimiento que servía a los picadores para enganar al caballo lo superaba en refinamiento. En esta fotografía pueden ustedes apreciar de las artes engañosas de los varilargueros. Ellos dicen que es la prueba de los caballos; pero a nadie —un poco perspicaz— se le puede escapar que de lo que se trata es de hacer creer al jaco que la cosa no pasará nunca de empujar con todas sus fuerzas. Y luego, ¿qué? Ni siquiera los adiestran enseñándoles los cuernos sobre un carrito. Como a los toreros

UNA ANECDOTA A LA
SEMANA

EL MOMENTO PEOR

HA sido cosa de todos los tiempos que el aficionado intentase enterarse sobre el momento que resulta más penoso para los lidiadores.

Cada torero ha dado su opinión respecto a este asunto. Lo que falta saber es si efectivamente han sido francos.

Unos han dicho que las mañanas antes de la corrida; otros, que el momento del paseillo; otros —los más—, que la salida del toro que les corresponde —sobre todo si es el que abre plaza—.

A Cúchares —como a todos—, un día los amigos le hicieron la consabida pregunta:

—Oye, Curro, ¿quieres decirnos en qué momento de tu vida profesional sientes más miedo?

El gran lidiador se recogió unos instantes en meditación. Después, con su alegre parla, contestó:

—Pues veréis ustedes. En el momento que suenan los clarines, la mayoría de los toreros no saben ni dónde se han atado la faja.

BURLADERO

Los toreros siguen triunfando en fútbol. Hace pocos días ganaron a los cineastas por dos a cero. Por cierto que el partido se caracterizó por la dureza.

Hasta el extremo de que uno de los coletudos nos decía al terminar: «Prefiero a esto matar toros de cuatrocientos kilos, aunque sean del Hoyo de la Gitana.»

Se ha dado la noticia en los periódicos de que en Méjico el Gobierno pensaba intervenir en las cuestio-

nes taurinas. Primera prueba de ello ha sido la decisión tomada de prohibir a la ganadería de La Punta la lidia de sus toros por su manse-dumbre.

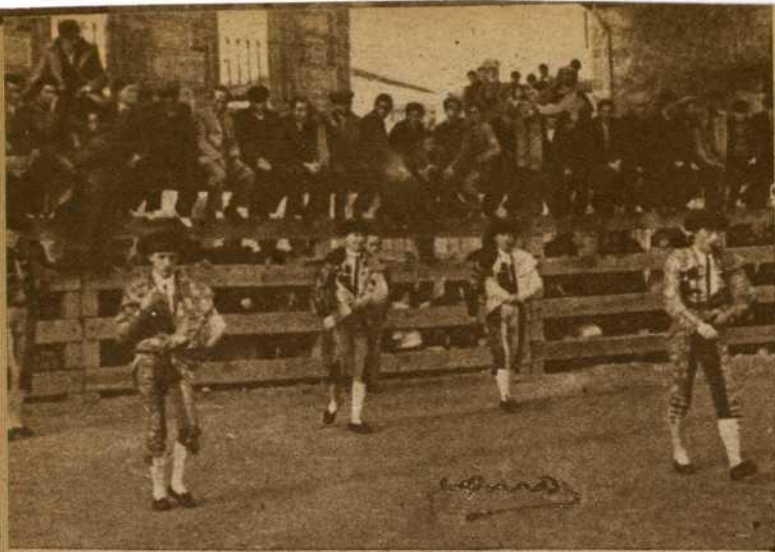
Nosotros no somos capaces de recomendar estas medidas contra las ganaderías españolas porque lo más fácil sería que los toreros tuvieran que torear a una silla.



Ha dicho don Atanasio Fernández que no hay que desesperar porque los toros hoy no tengan buena presentación. Día llegará en que las corridas tengan su peso.

Nosotros se lo hemos contado a nuestros hijos para que ellos, en cuanto sean mayorcitos, puedan contestar al ganadero.





La primera de la temporada en Valdemorillo. Pepe Guerra, al frente de su cuadrilla, en el pasillo



El novillero Pepe Guerra, que inauguró la temporada, toreando en Valdemorillo (Fotos Cano)



La presidencia de la corrida. Debajo del palco, la banda ameniza la fiesta con los compases de un pasodoble



Arrastra pintoresco de un novillo en Valdemorillo.—Abajo: La suerte del «tiovivo», realizada por los mozos del lugar



Una bella perspectiva de la Plaza de Valdemorillo.—Abajo: Los toros, por las calles, camino de la Plaza



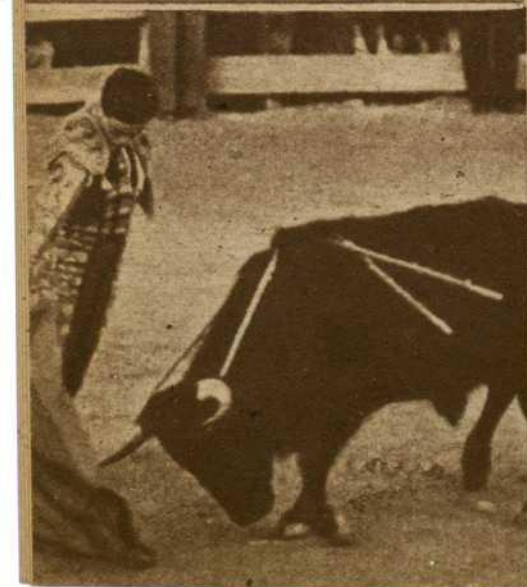
Pepe Guerra toreando de muleta con temple y con mando a su primer novillo

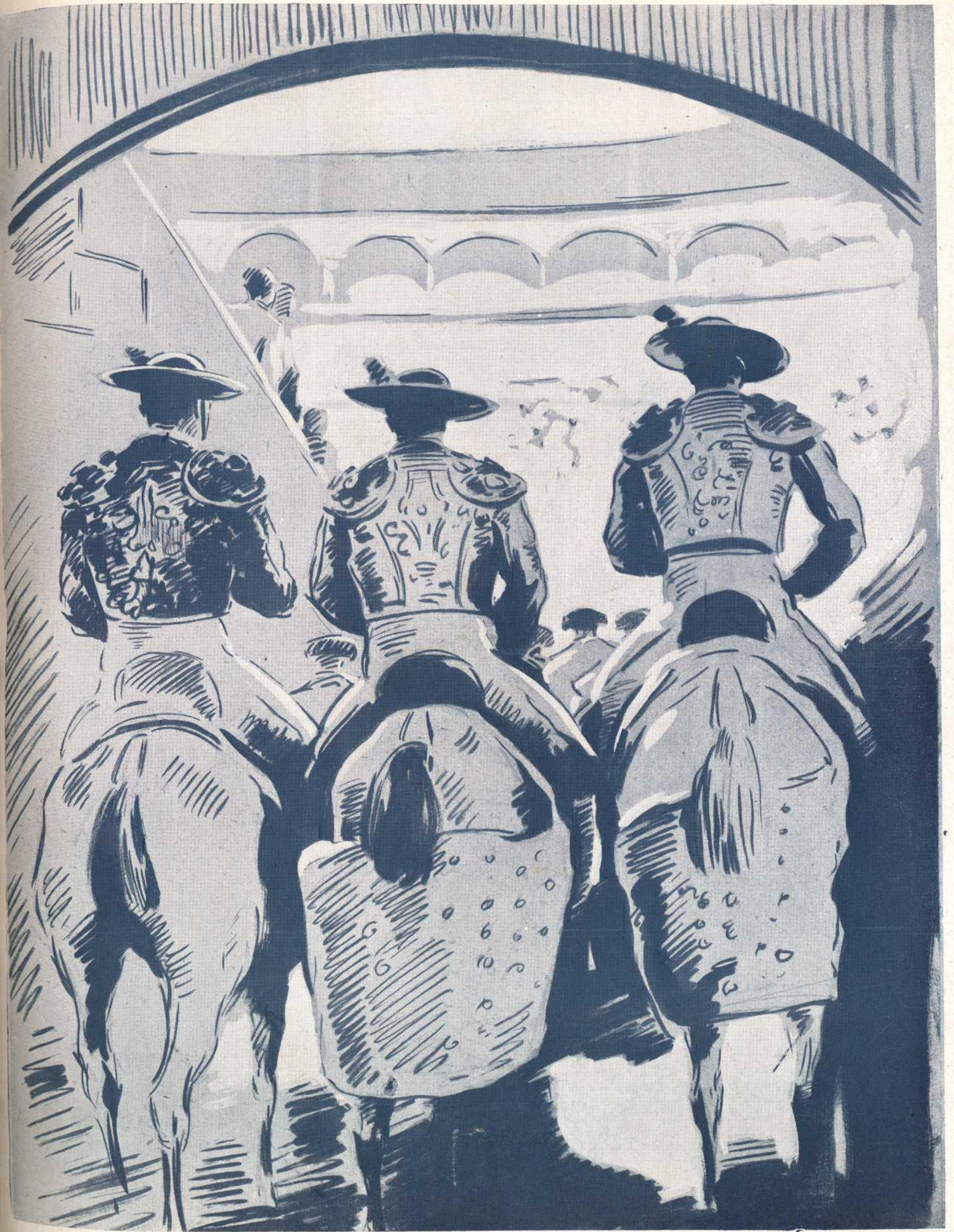
La
primera
corrida
del año
*
Novillada
en
Valdemorillo



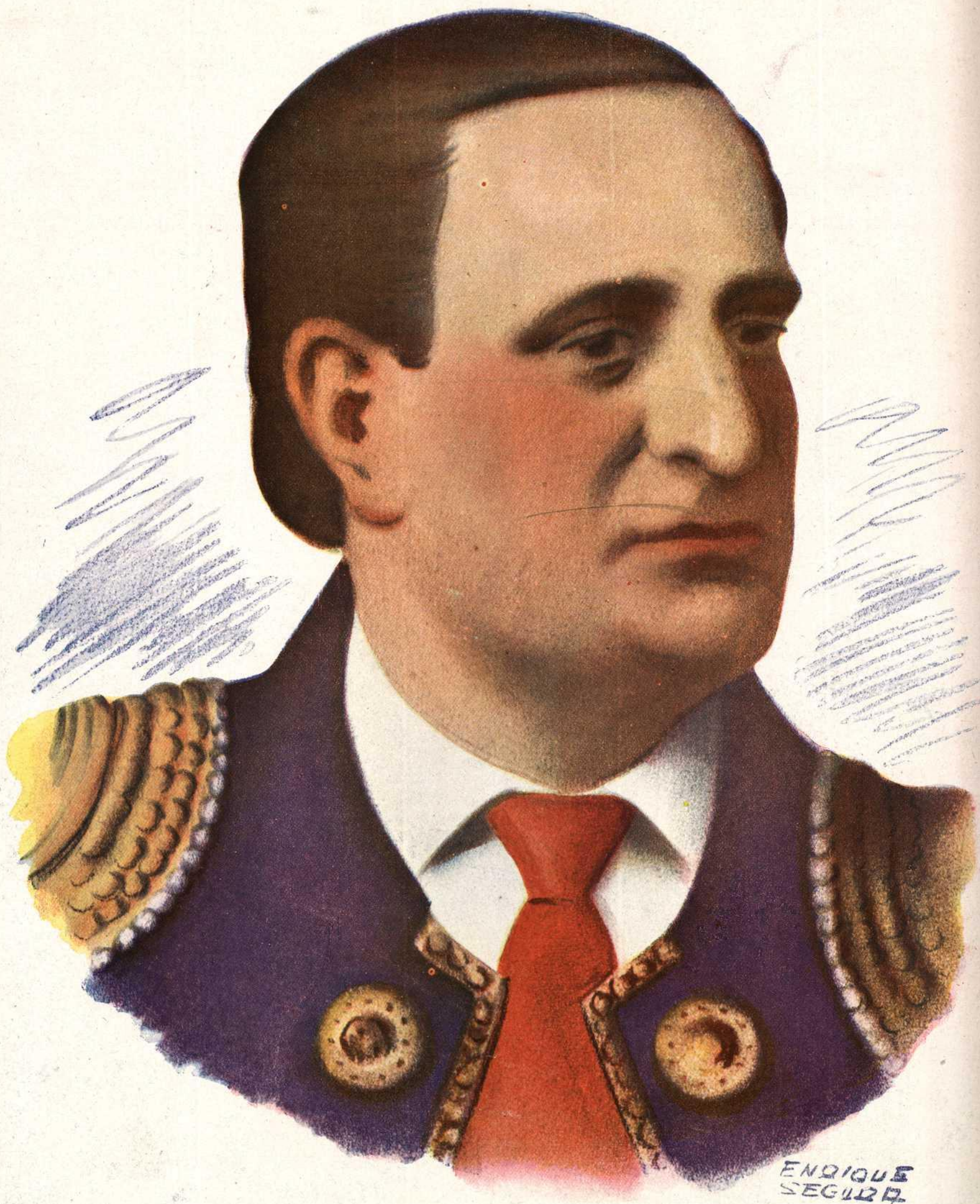
Un espontáneo intentando torear al novillo, mientras el banderillero, con la capa, quiere llevárselo

El peón consigue alejar al espontáneo del novillo, después de grandes esfuerzos





Preparándose para el paseo
(Dibujo de Enrique Segura)



Toreros célebres: José Bayard, Badila
(Dibujo de Enrique Segura)